

IESUS
+
CÁRITAS

ALBERT PEYRIGUÈRE
MÍSTICA DE UNA VOCACIÓN

**“He quedado crucificado con Cristo,
y ya no vivo yo, sino que vive Cristo
en mí ” (Ga 2, 19-20)**

Enero - Marzo de 2021

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller

Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería
manuel.pozooller@diocesisalmeria.es;
y redaccion@carlosdefoucauld.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería
maikaps73@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Josep Valls: jvalls@tinet.cat;
y administracion@carlosdefoucauld.es

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es
Hta. Josefa Falgueras: josefagermaneta@gmail.com
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com
Aurelio Sanz Baeza: asanz@quintobe.org
José Luis Vázquez Borau: jlvazquez.borau@gmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Ana M^a Ramos Campos,
Antonio Rodríguez Carmona.

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael
04230 – Huércal de Almería (Almería)
c.e: administracion@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

El Boletín en formato papel no se vende. Se sufraga gracias a los donativos y colaboraciones económicas de sus lectores y amigos.

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Háganos llegar este impreso a: COMUNITAT DE JESÚS.
Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona
o bien a c.e.: administracion@carlosdefoucauld.es

MODO DE ENVIAR MI COLABORACIÓN ECONÓMICA

Residentes en España: Donativo anual, 20 €

A) Opción preferente: suscripción con domiciliación bancaria:

DATOS PERSONALES

Nombre y Apellidos.....
DirecciónNº Piso Puerta
Código Postal Población Provincia

DATOS DE LA CUENTA

Nombre de la Entidad Bancaria.....
CODIGOINBAN: (24 DIGITOS) ES __, ____, ____, ____, ____, ____
Nombre del titular de la Cuenta

Autorizo a la administración de la “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España” para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba

Fecha:

Firma:

B) La opción alternativa: suscripción por transferencia bancaria a:
Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”»,
entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278.

Residentes en otros países: Donativo anual, 25 €

Como única opción transferencia bancaria a “Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín “Iesus Caritas”, entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX - Divisa: Euros.

Editorial

EL P. PERYGUÈRE: MÍSTICO Y HOMBRE DE ACCIÓN

Jean Marie Peyriguère nació el 28 de septiembre de 1883 en Trébons, al pie de los Pirineos, en un modesto hogar de obreros, hijo de padre carpintero y madre empleada de hogar. Pasa su juventud en la comarca de Burdeos. Fue ordenado sacerdote el 8 de diciembre de 1906, con dispensa de edad, porque solo tenía veintitrés años. Nombrado profesor en la escuela Gratry de Bordeaux, en julio de 1909 obtiene la licenciatura en Letras. Enviado al Instituto católico de Paris prepara la tesis doctoral en teología sobre san Bernardo y el movimiento místico del siglo XII. Allí se relaciona con personajes reconocidos en el ámbito católico como lo eran François Mauriac, André Lafond, y André Lamandé.

Camillero durante la Iª guerra mundial (1914-1919). Crea entre los soldados una asociación católica con el nombre de “los amigos de Cristo”. El ejército le concedió la cruz de guerra y cuatro condecoraciones más por sus heridas y valentía.

La lectura de la biografía de Carlos de Foucauld del escritor René Bazin le impacta grandemente. Como consecuencia de este descubrimiento espiritual pide al arzobispo de Cartago permiso para vestir el mismo hábito que Carlos de Foucauld y vivir como ermitaño atendiendo al tiempo sus parroquias en su oficio de párroco. Los acontecimientos se precipitan cuando el P. de Chatouville, padre blanco originario de Bordeaux, le propone vivir juntos el ideal de Carlos de Foucauld en una ermita del Sahara. En junio de 1926, se instala en La Daya, un pequeño oasis cerca de Ghardaia (Argelia). El desierto del Sahara pone a prueba su salud. En septiembre abandona La Daya, dejando solo a su compañero en la recién estrenada experiencia para regresar a Francia en julio de 1927. La falta de salud y el mal entendimiento con el P. de Chatouville, estricto y exigente en el cumplimiento del reglamento de 1899, le hicieron tomar un nuevo camino espiritual a la luz de la carta de Carlos de Foucauld, de 13 de mayo de 1911, donde el eremita presentaba una concepción más abierta del ideal misionero.

Viaja a Marruecos e inmediatamente se declara una gran epidemia de tifus. El 6 de marzo de 1928 el padre Peyriguère enferma y es transportado al hospital de Mogador (actualmente Essaouira) donde luchará diez días entre la vida y la muerte. El hermano Pierre muere el 9 del mismo mes. Superada la enfermedad, en los días de recuperación, acompaña al vicario apostólico para impartir el sacramento de la confirmación por toda la diócesis. En julio de 1928 se queda a vivir en Khénifra donde una familia francesa le llevará a El-Kbab, pueblo de montaña situado a unos treinta kilómetros al sur de Khénifra. El pueblo le cautiva. Se instala en el lugar el 16 de julio de 1928. Enamorado del pueblo bereber ocupa su tiempo en conocer su lengua y su cultura, a orar y estudiar, además de atender a los enfermos en un dispensario lleno de pobres y gentes humildes. El 26 de abril de 1959 muere en total soledad, en el hospital de Casablanca. Las exequias son presididas por el arzobispo de Rabat, Mons. M. Lefebvre, el martes 28 de abril en la iglesia de Notre - Dame de Lourdes en Casablanca.

Un joven bereber pronunció en sus exequias esta oración fúnebre que muestra la percepción del otro diferente:

«El Marabut no tenía mujer ni hijo, / todos los pobres eran su familia, / todos los hombres sus hermanos...

Dio de comer a quienes tenían hambre. / Vistió a los que estaban sin vestido. / Cuidó a los enfermos, / defendió a los tratados injustamente, / acogió a los que carecían de casa.

Todos los pobres eran su familia. / Todos los hombres sus hermanos. / ¡Séale Dios Misericordioso!»

El joven musulmán, sin saberlo, hizo un cántico a la vida del P. Peryguère a la luz del conocido texto de san Mateo 25.

De mucho provecho será acudir a uno de nuestros boletines dedicados en su día al místico, seguidor de Carlos de Foucauld: FAMILIAS CARLOS DE FOUCAULD, "Albert Peryguère. Conducido por el Espíritu" *Boletín Iesus Caritas* Época V, 22 (1980).

En una frase podemos glosar y resumir la vida espiritual y apostólica del P. Peryguère: «¡Oh Dios mío: cuántos apóstoles para hablar de Cristo, tal vez bastante pocos para vivir a Cristo... Mostrar a Cristo ante el islam y mostrar su ternura!»

MANUEL POZO OLLER
Director

Desde la Palabra



«Ser, en medio de los hombres,
el que da a Cristo;
ser Cristo en medio de los hombres...
Cristo en el anonimato»
(P. A. Peryguère)

¿Qué es un director de conciencia?

«Debo deciros que, para mí, el Gran Director de almas es, ante todo, Dios. El director humano debe borrarse de tal manera, empujar de tal modo a las almas a buscar la luz de Dios que, finalmente, en el límite extremo, las almas sientan que el director humano les es inútil y que, si puedo decirlo así, Dios les basta.

El Director no debe matar la iniciativa en las almas, debe por el contrario estimularla, dilatarla hasta el punto en que no tengan más necesidad de él.

La dirección no consiste en interponerme entre las almas y Dios, aunque sea para mostrarles el camino hacia Dios. el director camina detrás de las almas, que no tienen más que a Dios ante ellas; va detrás para empujarlas, para preservarlas del abismo que hay a la derecha o del que se abre a la izquierda.

Vosotros mismos debéis buscar vuestro camino, encontrarlo, no a la primera salida, sino en la oración, en los tanteos, en la experimentación personal (...) porque cada alma tiene “su camino”, sólo conocido por Dios y que Dios solo puede mostrar y cuyo descubrimiento le hace merecer, a través de los tanteos inquietos y hasta de los choques y de las debilidades (...) Cristo lleva las almas a Sí por los caminos más diversos».

MARCEL CORNELIS, *Salidos del guetto. Espiritualidad de la pre-misión a la luz de Theihard, Foucauld y Peyriguère* (Barcelona 1965) 74-75.

LA MÍSTICA DE UNA VOCACIÓN

Mensaje vivido

Todo lo que el Padre Peyriguère ha escrito, todo lo que ha dicho, refleja su vida. Más allá de las complicaciones de frases abstractas y mal puntuadas, o de alguna coquetería de escritor, nos confía su vida profunda. «Una palabra, afirma Péguy, no es la misma en un escritor que en otro. Uno se la arranca del vientre; el otro la saca del bolsillo de su abrigo». El P. Peyriguère pertenece a la categoría de los primeros. Su mensaje impreso o hablado es la clave de su vida, la explicación de sus actitudes y de sus actividades, la razón de ser de sus treinta años de presencia en El-Kbab.

Sus palabras están llenas de oración, grávidas de experiencia. Han sido repetidas incansablemente al pie del altar. Han brotado un día como luz que disipa la noche de la duda, o como respuesta a punzantes preguntas. Han sido dichas para un amigo en quien ardía la misma mística: «Es su alma la que sentimos latir con el mismo ideal que la nuestra» (...).

El mismo nos previene: «Cada día, mientras me queda tiempo y fuerzas, escribo algunas páginas: quisiera encerrar en ellas lo que mi pobre alma ha vivido y orado en esas ardientes adoraciones solitarias de mis noches, que son para mí la porción escogida de mi vocación misionera... todo lo que me ha sostenido, todo aquello para lo que me he conservado firme, para lo que he dado, o creído que daba, a mi pobre vida un poco de grandeza y un poco de belleza... todo lo que me ha hecho sentir que valía magníficamente la pena de ser vivida» (1939) ... El P. Peyriguère, como él mismo escribía de su amigo de Tazert, es el hombre de una idea. «De ese modo se explican su personalidad y su vida.»

Su predicación o sus artículos le proporcionan la ocasión de repetir su idea y desarrollarla, de entusiasmarse con ella y afirmarla a propósito de todo. Semejante sesgo de

espíritu, muy sintético, hace difícil una publicación sistemática de sus escritos, clasificados por materias y subdivididos en secciones.

En esta primera recopilación hemos reunido los textos más conocidos del Padre, los más frecuentemente citados: aquellos en los que seguramente se ha mostrado más a sí mismo¹.

El hombre de una idea

El Padre Peyriguère no puede conformarse con el empirismo, y menos aún con el romanticismo. Por otra parte, ¿podía parecer romántica después de seis meses la situación que él mismo escogiera? Elegir el ser «quien siembra y no recoge» es aceptar «una vocación de roturador con sus prolongados esfuerzos y sus largas esperas al umbral de una cosecha que no se verá nunca». Hacer de esta vocación un pequeño negocio, con algunos ingresos y todo, es cosa que el Padre Peyriguère no hubiera soportado. Para llevar durante treinta años la vida que hizo, ha tenido necesidad de «grandes horizontes teológicos». Algunas técnicas apostólicas inventadas de un día a otro no hubieran podido saciar su sed de un «gran sueño».

Rechaza sobre todo cualquier ruptura entre los gestos de la vida cotidiana y una espiritualidad vivida al margen. La doctrina cristiana no consiste simplemente en un refugio donde poder descansar de vez en cuando de una austera vocación. Quiere fundar sólidamente sobre el dogma todo lo que constituye su vida. Ninguna sima entre los humildes trabajos diarios y la síntesis intelectual, ninguna ruptura entre el dispensario y la capilla, ninguna oposición entre acción y contemplación. Dentro, una sola

¹ Michel Lafon hace alusión al libro ALBERT PEYRIGUÈRE, *El tiempo de Nazaret. Mística de una vocación* (Barcelona 1967). Hacer notar que el P. Peyriguère escribía con frecuencia con seudónimos tales como Paul Hector, Jean Vasco, Maurus y otros).

aspiración debe unificarlo todo. El Padre Peyriguère es doctrina hasta la punta de los dedos.

Días y días vuelven las preguntas esenciales: ¿qué hago aquí? ¿Para qué sirve esto? ¿No sería yo más eficaz de otra manera? ¿Por qué esconder mis talentos? ¿Qué es lo esencial de mi misión aquí? «Seguir creyendo en el propio ideal, a pesar de las incomprendiones, a pesar de las dudas surgidas del fondo de uno mismo... Todas las energías de su alma se recogieron y fueron concentradas en justificar su vocación... a sus propios ojos, para poder justificarla a los ojos de los demás». Lo que el Padre Peyriguère escribe de su amigo lo ha confiado frecuentemente: «El mío es un sueño loco: ante todo me es necesario no dejar de creer en él».

La angustia y las tentaciones del explorador se revelan en estas otras líneas estremecedoras, en las que nos habla de sí mismo: «¿No ha equivocado su vida? ¿Qué hace ahí...? Un hombre activo, un realizador, ante todo... pero ¿una acción superficial, o una acción profunda? ¡Se siente “activo” delante del Tabernáculo! La acción del mismo Dios ejercida en él y para él... El peso enorme que hay que levantar: almas que hay que ganar, arrancarlas al pecado y a ellas mismas. Es necesario un redentor, no un redentor humano. Llenarse de Dios para que Dios mismo actúe en él... y después, la Comunión de los Santos...»

En otros ministerios más tradicionales, el contacto con los fieles, gracias a los sacramentos, a la enseñanza, a los círculos de estudios, aporta ciertas satisfacciones al sacerdote. La influencia espiritual se derrama en una influencia humana, y el sacerdote, sabiéndose todo él «instrumento», «palpa» la gracia y admira las maravillas de Dios en las almas; además, no está aislado: lo rodea una comunión cristiana. Pero el explorador está solo: jamás agrupará a militantes alrededor de sí, nunca podrá maravillarse de la acción de Dios visiblemente instalada; celebrará siempre en su soledad la misa... Entonces se mide la importancia de saber por qué está allí y qué es lo que en

ese lugar se hace. Y el darse razones fundadas en la doctrina más profunda y más sólida.

Añadamos que son muchos los sacerdotes y los seglares que se sienten llevados a dirigirle las mismas preguntas que el Padre Peyriguère se hace a sí mismo. Viven en ambientes profundamente descristianizados u hostiles al cristianismo y en los que parece imposible todo apostolado directo: es «la broza de las almas». Son necesarios los «desbrozadores», especialistas de la pre-misión². Y estos se preguntan: ¿qué puede hacerse, en el respeto absoluto a las personas, pero también con el corazón poseído por esa voluntad redentora que anima a Cristo: «he venido a traer fuego a la tierra y qué he de querer, sino que arda»? La respuesta que se ha dado el Padre Peyriguère trasciende a su misma persona. En su vida y sus escritos, muchos apóstoles descubrirán el mensaje que esperan.

Un guía: Carlos de Foucauld

¿Quién ha abierto al Padre Peyriguère esas perspectivas teológicas y espirituales que constituyen el armazón de su vida? El Padre de Foucauld. Digo bien, «el Padre» y no su obra. Más aún que por sus escritos, el ermitaño de Tamanrasset es un desbrozador de caminos, un genial iniciador. «El documento esencial es su vida». Aunque no lo ha conocido personalmente, el Padre Peyriguère se adhiere a la persona del Padre de Foucauld más que a sus manuscritos. Temperamento intuitivo, no analiza detenidamente los textos, sino que aprehende de ellos lo esencial. Así, a pesar de la escasa documentación de que dispone hacia 1930, destaca los rasgos originales de la fisonomía del pequeño hermano universal: ante todo, es un misionero. Quiere ser un misionero en todos sus pasos y en toda su vida: «La espiritualidad del Padre de Foucauld y su fórmula misionera lo es todo. Para él no se da por separado,

² En la actualidad no es frecuente el uso del vocablo premisión. Se habla más de preevangelización.

de una parte, su vida de piedad personal y, de la otra, su actividad misionera. No separa y, por lo tanto, no distingue. Por el mero hecho de vivir su espiritualidad, es y se siente misionero».

El Padre de Foucauld por entero y toda su vida es mucho más que un determinado reglamento o un proyecto de asociación: «Desde hace años, el Padre de Foucauld, fundador de una orden, no está en mis horizontes. Para mí, toda su talla procede de haber sido el iniciador de un movimiento misional y de un movimiento espiritual» (1952). Es el capitán de los «desbrozadores»: «En algunos casos, el apostolado tropieza con tales obstáculos que es necesario realizar una división del trabajo y que la tarea premisionera posea sus méritos y sus especialistas». El Padre de Foucauld es, bien puede decirse así, el «inventor» de ese trabajo pre-misional.

Nazaret

Si existe una palabra que simbolice esa invención foucauldiana, es la de Nazaret. Pero a condición de que se la entienda bien y que no se le estreche. No soñemos, efectivamente, con una pequeña imitación individual de un determinado estilo de vida oculta. Nazaret es mucho más que todo eso.

Volvamos a colocarlo en el dinamismo del misterio de la Encarnación y en los amplios horizontes de los Padres de la Iglesia: «A partir del significado y de la interpretación misionera de la vida oculta de Cristo y en relación con el punto de vista de los Padres de la Iglesia acerca de las edades de Cristo, el Padre de Foucauld ha pensado, expresado y vivido su problemática premisionera».

El Cristo místico en acción

Cristo Jesús, cuya carrera terrena e histórica concluye en la Ascensión, se prolonga místicamente en

sus miembros. «La Iglesia, dice Bossuet, es Jesucristo difundido y comunicado». Desde Ascensión y Pentecostés, Cristo continúa en su Cuerpo místico, verdadera prolongación de la Encarnación a través del tiempo y del espacio. Por su muerte y su resurrección, Cristo Jesús ha salvado al mundo una vez por todas; pero la salvación se realiza en sus miembros actualmente. El Cristo místico está siempre en acción.

Conscientes de estas realidades, leamos otra vez este texto clave del Padre Peyriguère: «Como el Cristo Redentor histórico, el Cristo Redentor místico ha querido tener sus diversas edades, ya en la manera en que viene a las almas y subsiste momentáneamente en ellas, ya en la manera en que se propone y se da por el Apóstol... La Iglesia, que es Cristo, tiene también sus edades en la conquista de las almas, sea para llegarse a ellas, sea para hacerlas suyas, es decir, de Cristo. Por ciertas razones, a veces insuperables, en determinados ambientes y razas no puede ejercer sus actividades redentoras visibles... Para poder ser Cristo salvador en medio de los hombres, pide al pre-misionero que se dé a ella, a fin de que por su medio la Iglesia misma sea el Cristo de la vida oculta...»

Durante treinta años en Nazaret, Cristo Jesús ha salvado a las almas guardando silencio, negándose a todas las manifestaciones exteriores que más tarde constituirán su vida pública, predicación y milagros. «Durante treinta años en Nazaret, fue salvador simplemente callando, pero estando presente en medio de un mundo». De la misma manera, el Cristo místico, en sus desbrozadores, salva en silencio. En el reducido puñado de cristianos de tal ambiente o de tal pueblo, en el mundo obrero o en tierra del islam, Cristo sigue viviendo el misterio de Nazaret. Por sus cristianos, sacerdotes o laicos, salva invisiblemente y se manifiesta en silencio. Muestra su grandeza moral y su bondad, pero no habla. «Predicar el Evangelio en silencio», «Clamar el Evangelio durante toda la vida», estas consignas del Padre de Foucauld, alcanzan todas sus

resonancias en las más amplias perspectivas doctrinales. La pre-misión prolonga en el tiempo y multiplica en el espacio el misterio de Nazaret.

Vivir de esperanza

Qué impulso de esperanza brota de esta certeza, que sostiene la oscura labor cotidiana del apóstol. Nazaret, que sigue escondiendo su testimonio en medio de un pueblo, es ya la levadura estremecida en la masa, es el grano de trigo que brilla en lo secreto de la tierra. «Sembrar sin recoger es sembrar igualmente... Vivir a nuestro amado Cristo, incluso sin hablar con él, es igualmente hablarle.»

Toda la inmensa masa humana fermenta bajo las preparaciones históricas: el islam, como un Antiguo Testamento, la encamina hacia el Encuentro. Y para la comunidad cristiana en tierra musulmana, es el tiempo de Nazaret... «El Cristo místico, que es la Iglesia, debía tener su etapa de vida oculta... Treinta años de vida escondida, de los treinta y tres de su existencia histórica... ¿qué representa eso comparativamente en los largos siglos de su destino místico?»

Vivido en tal nivel, el cristianismo ya no se parece en nada a un mínimo asunto individual. Cada uno de nosotros, según la expresión de Cesáreo de Arlés, al que el Padre Peyriguère gusta tanto citar, «cada uno de nosotros, conservando sus proporciones visibles, se ha hecho mayor que sí mismo». La luz así proyectada sobre nuestra vida cotidiana la transfigura. «Es tan bueno ver su propia pobre vida hecha de estas pequeñas cosas que la asemejan a la vida de nuestro Cristo en Nazaret y a la de la Virgen y san José. Ser carpintero, cocinero, jardinero, enfermero, barrer la propia casa, reparar los manteles del altar, hacer la comida: ¡qué grande es todo esto!» (1933). Sí, es grande, puesto que Cristo Jesús asume en nosotros toda esa vida.

Así, a través del universo, el Cristo místico está en estado de Nazaret. En este cristiano o en aquella comunidad, vive su vida oculta: no sólo en las avanzadillas visibles de la

Iglesia, sino ya en el extremo del crecimiento que la lleva, a través de los siglos, hacia su estatura perfecta. «Ser el primogénito de todos aquellos que nacerán en los siglos.»

La cruz y la eucaristía

Pero Nazaret no es un camino fácil. La asimilación a un ambiente, el ocultamiento silencioso, la renuncia a las eficacias visibles, constituyen día a día un duro sacrificio para el apóstol. La sombra de la cruz se perfila sobre Nazaret. Invisiblemente se opera la redención. «Cumplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia». Y la ley del grano de trigo es que muera.

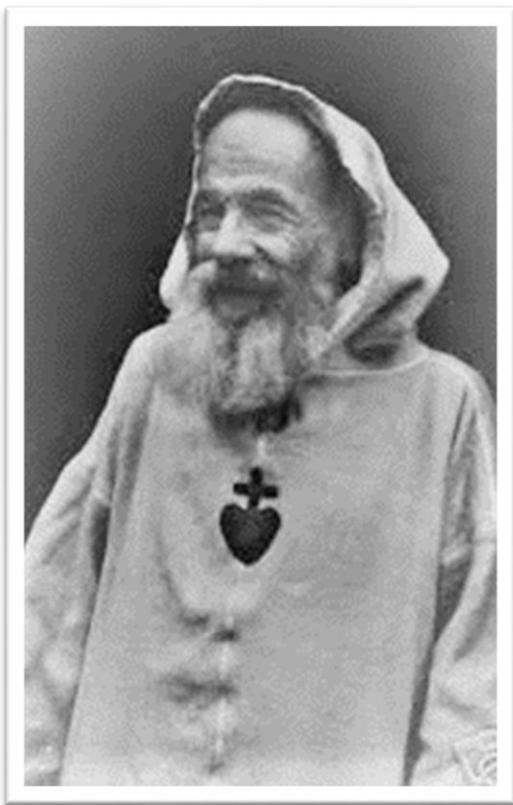
En la montaña, bajo las hierbas verdes, se oculta la pequeña fuente. Buscad la fuente secreta tras la vida ordinaria de Nazaret. Encontraréis la Eucaristía. Porque a los pies del sagrario y del altar nos conducirá el Padre Peyriguère, como el Padre de Foucauld. La Eucaristía alimentará las más hondas actitudes del apóstol. Contemplando la Hostia, se impregnará de Nazaret: Dios convertido en uno de nosotros y que salva en silencio... «Por la Eucaristía se le dice todo al pre-misionero, se le da todo, de esta vocación; todo se le da a la Iglesia: todo lo que ella puede esperar de parte de aquel a quien, para ganar las almas para Cristo, ha enviado a sus últimos confines».

MICHEL LAFON, “Mística de una vocación”, en ALBERT PERYGUÈRE, *El Tiempo de Nazaret. Mística de una vocación* (Barcelona 1967) 12-20.

El vocablo “*desbroceador*” y la acción que comporta, “*desbrozar*” significan “*eliminar los obstáculos o impedimentos que dificultan*, en nuestro caso, *la siembra del Evangelio*”.

Pre-misión: Es el tiempo que antecede al anuncio explícito del Evangelio. Sinónimo de pre-evangelización. [Nota de la Redacción del BOLETIN]

En las huellas del Hermano Carlos



«No es la acción exterior
lo que caracteriza una vocación,
sino la Mística que la inspira»
(P. Albert Peryguère)

La irradiación de Cristo

«Se coloca entre los infieles la presencia real; y por ese mismo hecho, está entre ellos el Reino de Cristo. Cristo entre los infieles, está en su propia casa y los infieles son suyos. Perspectiva magnífica sobre la humanidad: si sólo una parte de la humanidad es cristiana, toda la humanidad es crística».

«¡En las horas inquietas de la noche, propicias a las iniciativas del odio rebelde y de la miseria harta de expedientes, que necesita asesinar y robar para vivir, en ese instante preciso, nuestro Cristo de bondad, nuestro Cristo de caridad infinita, salido de su tabernáculo como a propósito, como de una nueva Montaña de las Bienaventuranzas, irradiará sobre toda la esperanza de estas pobres almas, la inmensa dulzura de su Corazón amantísimo. En la pobre ermita, batida incesantemente por las olas de la maldad y la marea de impureza, vivirá y palpitará toda la caridad y toda la pureza de Cristo».

«Ser quien enciende las lámparas del Sagrario, el que las enciende, las mantiene y las vigila (...) y decirse, hinchándose con orgullo hasta reventar el corazón, que si uno no estuviera allí se apagarían y que Cristo ya no estaría más en esos lugares (...) Qué ese Cristo de la Eucaristía que es una Presencia, pero no una presencia pasiva, irradia también y que es igualmente como una llamada, como un fermento!»

MARCEL CORNELIS, o.c. 215-216

ALBERT PEYRIGUÈRE: REALIZADOR DEL PROYECTO DE FOUCAULD

Para que el padre Peyriguère pueda dar un salto tan escalofriante como el de pasar de una vida de sacerdote profesor de seminario en Francia, a llevar una vida de monje-misionero en El Kbab, hay que tener en cuenta dos movimientos. Uno interior, hecho de un realismo y una fortaleza singular para llevar a término su ideal de sacerdote entregado a Cristo; y otro exterior, hecho de las vicisitudes y circunstancias que Dios le pone día a día en su vida para que se abandone cada vez más en sus manos y olvidándose de sí mismo, se deje conducir por el Espíritu¹.

1. *Siguiendo al hermano Carlos*

En el verano de 1919 el padre Albert Peyriguère, una vez finalizada la Iª Guerra Mundial y restablecido de las heridas de guerra se reincorpora al trabajo de profesor en el seminario, sin estar todavía del todo recuperado. Físicamente debilitado y espiritualmente inquieto, se expresa de este modo en una carta del 23 de agosto de 1919 a un amigo del campo de concentración: «He vuelto a mi trabajo del Seminario, pero las fuerzas me han traicionado, aún no recuperadas de las sacudidas de la guerra... Ruega encarecidamente a Dios por mí. Me parece, en algunos momentos, que el Señor me llama a pertenecerle más plenamente»².

Peyriguère ya no es el mismo, la guerra le ha cambiado. Se siente atraído hacia una vida más profunda y por otro lado le asalta una fuerte ambición de conquista. Su salud le impone un largo período de descanso y como algunos de sus compañeros habían partido hacia África para ingresar en la congregación de los Padres Blancos, dirige su mirada hacia allí, en un intento de ser coherente con sus aspiraciones de apóstol y su salud: «La guerra ha despertado en mí, mejor dicho, ha precisado ciertas aspiraciones hacia una vida más dura, más conquistadora; la verdadera vida del

¹ Cf. R. GIRÓ, "Albert Peyriguère", *Jesus Caritas* 22 (1980).

² A. PEYRIGUÈRE, *Los caminos de Dios* (Barcelona 1968) 50.

evangelizador que despojado de todo, va siempre avanzando a través de los grandes espacios, hablando del Buen Maestro a las pobres almas que no le conocen. Mi corazón ya no está en Europa, y todos mis sueños me llevan hacia esa inmensa África donde millones de pobres almas esperan al misionero. Sí, si mi salud me lo permite, espero ingresar en los Padres Blancos; todos los demás ministerios ya no me dicen nada y me parecen demasiado “caseros”»³.

Se pone a la búsqueda de un lugar para descansar y desempeñar algún pequeño ministerio, mientras se restablece su salud. Después de diversas consultas Mons. Lemaitre, arzobispo de Cartago, le acogerá en Túnez. De esta forma el padre. Peyriguère realiza la primera toma de contacto con el mundo del islam. Tenía treinta y siete años cuando llegó a África, el mes de diciembre de 1920, justo cuatro años después de la muerte del hermano Carlos.

Es nombrado capellán del internado de Sillonville, al sur de la península de Capbon, donde permanecerá dos años en condiciones que le permiten descansar y reflexionar. Consciente de que está de paso y que debe partir ya definitivamente a realizar su apostolado entre los infieles, ingresa en los Padres Blancos. Y es aquí, en un ambiente de tranquilidad y de profunda reflexión, donde se va a realizar un encuentro que va a ser definitivo en la orientación de la vocación del padre Peyriguère.

Aparece en Francia, en aquel año 1921, el libro de René Bazin *Charles de Foucauld, explorateur du Maroc, ermite du Sahara*. No tardó en leerlo el padre Peyriguère, porque ya en su correspondencia sostenida con su amigo de guerra se deja entrever cómo ha captado y le ha impresionado el mensaje del padre Foucauld. Aquello era lo que tanto tiempo le había tenido intranquilo, era la expresión de su vivencia interior: «Me parece que el apostolado directo no le será posible por ahora. Pero tranquilícese, hay una manera de ser apóstol que está inmediatamente a su alcance y que puede ser fecunda. Lo quiera o no, sus ejemplos y sus palabras, tendrán una influencia directa a su alrededor, a corto o a largo plazo, no importa... Nada se pierde en el mundo moral y cuando los hombres tienen ante los ojos el

³ *Ibid.* 66.

espectáculo de un hogar verdaderamente cristiano, en donde, lejos de las pequeñeces, de las vulgaridades que a ellos les esclavizan, sientan arder de verdad la llama del ideal, no es posible que de una forma u otra no se sientan arrastrados hacia él... Serán el punto luminoso y ardiente, desde donde irradiará el ideal sobre las pobres almas del vecindario, tan hundidas en la materia, y estos no podrán dejar de sentirse impresionados de la misma manera que sería imposible encontrarse a pleno sol sin sentirse inundados de luz y de calor»⁴.

De nuevo otro hecho, insalvable, desviará su camino; una grave disentería compromete definitivamente y sin remedio su deseo de ingresar en los Padres Blancos. Pero su espíritu se deja llevar, porque ante todo su deseo es cumplir la voluntad de Dios, y se expresa de esta forma en una carta del 3 noviembre 1921: «De momento la cosa apenas marcha. He sido agraciado con una bonita disentería que me tiene agarrado desde hace cuatro meses; me agota y adelgazo continuamente. Tal vez el severo régimen a que estoy sometido logrará dominarla del todo. Pida que sepa aceptar esta prueba, no tanto en sí misma, sino porque me obliga a detenerme en relación al cumplimiento de mis sueños y me hace temer que habré de renunciar a ellos. Que sepa aceptar siempre la voluntad de Dios... En cuanto al apostolado repítase a sí mismo estas palabras de un sacerdote que me ha influido mucho en estos últimos tiempos: “Se puede hacer más apostolado por lo que se es, que por lo que se dice o por lo que se hace”», máxima del padre Huvelin, citada por R. Bazin en su libro sobre Carlos de Foucauld⁵.

Y de qué manera tan delicada y tan parecida al padre Foucauld le hablará a su amigo, en una carta del 2 enero de 1922, de la espiritualidad de Nazaret, que consiste fundamentalmente en ser “amigo de todos”: «Ojala su hogar, en medio del árido desierto que es el mundo para el corazón del Maestro, sea aquél acogedor oasis en el que Jesús pueda poner el pie y encontrar un poco de reposo y un poco de amor; está tan olvidado en todas partes, Él, que es tan necesario a las almas. Ojala que su hogar sea también como el centro desde donde irradian mucha bondad para hacer que Jesús sea amado... Luego sea en su pueblo “mensajero de paz”,

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.* 78.

manténgase totalmente apartado de las querellas. Con una firmeza incansable sepa tomar partido por el bien y contra el mal... Ignore las divisiones y los partidismos para ser amigo de todos en la medida de lo posible, sin capitulación y sin debilidad»⁶.

Una vez recuperado de la disentería y profundizando en este mensaje escribe a Mons. Lemaître, expresándole el deseo y las ganas de buscar algo diferente: «Permítame, monseñor, repetirle mi deseo muy claro de renunciar al apostolado tan especial que me ha sido confiado hasta el presente, y encontrar un campo de actividad menos restringido y que ofrezca un terreno más grande y más libre a la iniciativa... Mis aspiraciones siguen estando muy vivas hacia el apostolado con los paganos»⁷.

Poco después fue nombrado párroco de Hammamet, donde se instala el 9 abril de 1923, donde comprende que todo sacerdote ha de sentirse responsable no sólo de los pocos cristianos que hay, sino también de los millares de infieles en medio de los que vive. Siguiendo este movimiento interior, empezará una labor de apostolado consistente en organizar un taller de bordados para chicas y un dispensario para lactantes.

2. *Proyectos de fundación*

El arzobispo había pensado en ampliar en mucho sus responsabilidades, confiándole también la parroquia de Nabeul. Este proyecto disgustó al padre Peyriguère, que precisó sus aspiraciones ante monseñor Lemaître, manifestándole concretamente los rasgos y la forma que él consideraba para vivir una vocación en la línea del padre Foucauld: «La perspectiva de encargarme de Nabeul y Hammamet me impresionó mucho, porque me alejaba demasiado de mis aspiraciones y me llevaba hacia un ministerio parroquial ordinario. Una vida de trapense que mantiene contacto con las almas es lo que sueño por ahora y lo que mi cardenal y mi director espiritual me han autorizado a seguir».

Y aquí piensa en otros sacerdotes que podrían unirse a esta vida, debido al gran impacto que ha causado en Francia el libro de René Bazin, haciendo proyectos para estos ermitaños que se

⁶ *Ibid.* 81.

⁷ GORRÉE-CHAUVEL, *Foucauld y Peyriguère. Misioneros que no colonizaron*, (Madrid 1968) 69.

cuidarían del apostolado entre los cristianos y los indígenas... y al final de la carta pide que «para poder sentirse más comprometido con la obra, pueda vestir el hábito del padre Foucauld»⁸.

El hábito ya lo había tomado antes que él el almirante Malcor y Charles Henrion⁹, el 21 de noviembre de 1924. Fueron ordenados sacerdotes posteriormente por Mons. Lemaitre, fundando la Fraternidad de Sidi-Saad. El padre Peyriguère se consideraba el tercero de esta sociedad de vida en común.

«Esta vez sí que he de hablarle de mí, ya que se trata de una decisión trascendental para mí. Heme aquí definitivamente africano ¿no ha leído la estupenda vida del Padre de Foucauld, de Bazin? ¿Sabe que había pedido insistentemente discípulos que no acababan de llegar? Pues bien, se acaba de fundar una pequeña fraternidad que pretende seguir su apostolado, ejerciéndolo en medio de los pueblos musulmanes de África del Norte, con su mismo espíritu y utilizando sus métodos. Los dos primeros... El número tres soy yo: me cuesta dar crédito a lo que ven mis ojos, a lo que mis oídos escuchan. ¡Qué ideal tan extraordinario! Para alimentarlos, para hacer que lleguen a querer a Jesús, vivir en medio de los infieles una vida de oración, de renuncia, de trabajo manual, de caridad, de pobreza»¹⁰.

En 1925, el padre Peyriguère se encuentra con el padre Chatouville, hecho providencial que va a dar el último impulso para que Peyriguère entre de lleno a vivir de cerca el mensaje de Foucauld. Chatouville, sacerdote también de Burdeos, que había ingresado en los Padre Blancos en 1899, y que luego ocupó cargos importantes en dicha congregación misionera, había conocido bien al padre Foucauld y habían mantenido correspondencia. Diversas veces, siempre inútilmente, había manifestado a sus superiores el deseo de ir a vivir con el hermano Carlos. Hacía diez años que Foucauld había muerto en Tamanrasset, y Chatouville se encuentra en Harnmamet un sacerdote que comparte sus aspiraciones plenamente. Obtenida de sus superiores la

⁸ *Ibíd.* 70.

⁹ Justamente será el padre Henrion que una vez en Túnez rechazará que se una a ellos para formar parte de la Fraternidad a René Voillaume. ¡Cosas de la Providencia!

¹⁰ A. PEYRIGUÈRE, *Los caminos de Dios*, o. c., 122.

autorización para el padre Chatouville, Peyriguère escribe a Mons. Lemaitre en mayo de 1926: «Creo que ha llegado el momento de obedecer la llamada imperiosa de mi vocación. Mi venerado cardenal y mi director espiritual, me dejan libre. Es una prueba suficiente de que estoy en la voluntad de Dios. Dejo pues mi parroquia e incluso Túnez, pero no África, pues me retienen las aspiraciones al apostolado oscuro y silencioso que ya sabéis»¹¹.

El lugar ya estaba preparado: Una casa con jardín, de los Padres Blancos, en Ghardaia, donde había vivido un eremita. Esta fue la casa que acogió a los dos hermanos durante la primera quincena de junio de 1926, época de fuerte y peligrosa calor en el Sahara.

3. *Vida de Fraternidad*

La Fraternidad empieza a organizar su vida cotidiana queriendo imitar la vida de Nazaret, aquella vida que el padre Foucauld amó tan apasionadamente y que propuso como ideal a sus futuros Hermanos en el reglamento de 1899: Oración, ayuno, trabajo manual, etc. El padre Chatouville es el superior y es el que mantiene contacto con los vecinos, mientras que Peyriguère se dedica más plenamente a la clausura que ambos se habían impuesto. En la calma de la ermita y en el esfuerzo por vivir según el Reglamento de los Hermanos del Sagrado Corazón, Peyriguère reflexiona, vive y experimenta la riqueza del mensaje y va perfilando su propio estilo de vida, una nueva configuración de la fraternidad. Se plantea si la única forma de vivir el mensaje de Foucauld era a través del Reglamento de 1899. En este ambiente de búsqueda, Chatouville muestra a Peyriguère la carta de Foucauld dirigida al padre Antonino el 13 mayo de 1911, donde expresa que junto a hermanos que vivan una vida más enclaustrada, podría haber otros que se dedicaran más al apostolado. Estos hermanos serán sacerdotes y de edad madura, es decir, debidamente formados. Se trata de un apostolado de presencia y no de actividades. Veamos cómo se expresa el hermano Carlos en dicha carta: «Según las aptitudes, las aficiones, las necesidades, según lo que crea ser voluntad de Dios, el superior de

¹¹ M. LAFONT, *El Pare Peyriguère* (Barcelona 1974) 35.

cada pequeño grupo de tres o cuatro dedicará a cada hermano, ora totalmente al trabajo manual, ora parte al trabajo manual y parte al apostólico, ora casi exclusivamente al trabajo apostólico»¹².

Se trata de regirse por las circunstancias, para poder dedicarse, con la mayor eficacia posible, a la evangelización. Este descubrimiento, que encaja tan exactamente con sus propias aspiraciones, le llena de alegría, tomando conciencia de que el principal documento para conocer el ideal de vida de Foucauld es el testimonio de su propia vida. Los tres principios que en la carta se ponen de manifiesto y que son una constante de todos los proyectos del hermano Carlos son: «Imitación de la vida oculta de Jesús en Nazaret, Adoración del Santísimo Sacramento expuesto, y establecerse en medio de los pueblos infieles más abandonados y hacer allí todo lo que sea posible para su conversión»¹³. Que sean grupos de tres o cuatro monjes-misioneros, auténticos contemplativos, pero manteniendo relaciones con el exterior es todo lo que hay de nuevo en relación con las Regla primitiva.

Unos años más tarde, el padre Peyriguère le diría al padre Gorrée, en una carta del 1º febrero de 1929: «La Regla de 1899, con el padre Chatouville, la hemos estudiado profundamente en nuestra ermita de Ghardaia; y además de no estar al día bajo el punto de vista canónico, no la hemos encontrado viable. Si quisiéramos seguirla se nos ahogaría tan deprisa el cuerpo como el alma. Un hecho curioso y que miro como una indicación que me da la Providencia, es que antes de conocer el texto de la carta de 1911, mis aspiraciones y mis propias experiencias personales me habían encaminado por sí mismas a las mismas concepciones que al padre Foucauld»¹⁴.

4. *Nuevos caminos*

En otoño de 1926, Peyriguère deja la ermita de Ghardaia y pasa algunos meses en la región de Burdeos; el fuerte verano del Sahara lo había agotado mucho y necesitaba reposo antes de emprender de nuevo y definitivamente el camino. La salud del padre Chatouville tampoco era muy buena, pero continuó solo aún

¹² (BACF) Bulletin de l'Association Charles de Foucauld, París, nº 68, 37.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ M. LAFONT, *El Padre Peyriguère*, o. c., 46.

unos meses; hasta que sus superiores le reclamaron y lo enviaron a descansar, primero a Tínes y luego a Francia, donde moriría en julio de 1927.

En febrero de 1927 el padre Peyriguère estaba ya de vuelta en Marruecos, en Marrakech. El padre Foucauld había deseado siempre ardientemente ir a Marruecos, y llevar a cabo este sueño del maestro fue el elemento decisivo para Peyriguère. Primero se instala en Marrakech para estudiar la lengua y las costumbres bereberes. Encuentra en la persona del Vicario Apostólico de Rabat, Mons. Vielle, una gran comprensión y ayuda en la realización del ideal que había entrevisto. Por entonces el país sufría varios años de sequía y una gran miseria, además de una epidemia de tifus y una plaga de langosta, que habían diezmando el Sur del país. A petición de Mons. Vielle y como un servicio temporal, el padre Peyriguère decide trasladarse allí, concretamente a Taroudant, donde otros hermanos en la fe estaban ya trabajando.

Al llegar se encuentra con que el Dr. Chatiniees, que había contraído el tifus, murió al poco tiempo; después sería el hermano Pierre quien también moriría a causa de la epidemia. Tampoco Peyriguère escaparía a la enfermedad, pues casi al mismo tiempo tuvo que ser evacuado en estado de extrema gravedad.

Una vez repuesto pasará una larga convalecencia al lado de Mons. Vielle, acompañándole en un viaje apostólico por todo Marruecos, que le permitirá conocer de cerca a aquel pueblo. Después, en una carta del 31 de mayo.1928, escribe: «Pienso ir a instalarme en una de esas tribu, y una vez allí intentar vivir esta vida que suscita en mí unas aspiraciones tan ardientes»¹⁵.

Poco tiempo después, con una sencilla maleta, una pequeña caja de libros y un poco de dinero en el bolsillo, el 14 de julio de 1928, llega a El Kbab, donde se instalará. El 18 de julio de este año, temblando de emoción, celebra allí la primera Eucaristía: «Esta mañana, en la Santa Misa... era la primera Misa que decía en el nuevo lugar que acabo de fundar: jamás nuestro Cristo bienamado había venido por aquí; Él ha descendido hoy por primera vez, traído por nuestras manos para todos»¹⁶.

¹⁵ *Ibíd.* 54.

¹⁶ A. PEYRIGUERE, "Une vie que crie l'Évangile", *Le Maroc Catholique* (1928).

A partir de aquí empieza una larga y profunda historia de encarnación en el mundo bereber. Primero sería la lengua, luego el corazón y los sentimientos y por fin también la inteligencia acabaría por berberizarse.

5. Interpretación y vivencia del mensaje de Foucauld

El padre Peyriguère era un hombre de silencio y contemplación, pero no escogía él, dejaba que Cristo le viniera a buscar de la manera que Él quisiera: «dejar a Dios... para encontrar a Dios... tal como Él quiere». Su teología es la encarnación y la del Cuerpo Místico. Ese amor directamente dirigido a Dios, dejando que Cristo tomara su corazón para continuar amando al Padre y a los hombres tal como hizo en Nazaret: «Saber la riqueza incomparable de cada instante que nos es dado, sobre todo cuando ese instante nos pone delante del pobre y del desventurado, delante del que sufre; no se ha de saber nada de nuestro cristianismo para ignorar que, bajo las apariencias del desventurado, está Cristo que viene a nosotros, que se nos da, que quiere ser consolado y reconfortado por nosotros. ¡Ah! Este realismo cristiano que quiere que, a cada momento, nuestra pobre vida camine al mismo paso que la vida de Cristo, este realismo cristiano que es como lo vivió Foucauld, tal como lo descubro profundamente en medio de nuestros pobres»¹⁷.

Pero esto no está exento de sacrificio y esfuerzo, como dice en una carta del 11 de noviembre de 1938: «Si supierais las ganas que tengo de soledad y de silencio. No estoy nunca solo, no “siento” nunca este silencio a mi alrededor... Como el Buen Dios quiera; hace falta darle nuestra vida tal como Él quiera tomarla. Es ya tan bonito que quiera tornarla de alguna manera y hacer algo con esta nada que es ella»¹⁸.

En esta nueva etapa que comienza de su vida en El Kbab, uno de los pilares para su vida de “misionero aislado o desbrozador” es la contemplación-adoración nocturna que él considera como la parte más escogida de su vocación misionera. Es de esta adoración a la presencia silenciosa de la Eucaristía de la

¹⁷ M. LAFONT, *El Pare Peyriguère*, o. c., 101.

¹⁸ *Ibíd.* 107.

que uno se deja cautivar por toda la dulzura y toda la bondad de Cristo, para luego hacerle revivir, dejar que se muestre Él mismo a través de una sonrisa, un gesto, un servicio.

En su vivir de cada día, no hay una fidelidad esclava a un reglamento, sino como en el padre Foucauld, una facilidad de adaptación y una disponibilidad que le permiten vivir profundamente lo que él llama «toda la riqueza del momento presente». Así no hay ruptura ni discontinuidad entre la capilla y el dispensario. A menudo decía: «La contemplación es tener la experiencia de la Presencia. Aquí, curando estos niños, yo lo veo, lo toco, tengo la impresión física de tocar el cuerpo de Cristo, es una gracia extraordinaria, hace falta haberlo experimentado»¹⁹.

6. Un encuentro de amistad

Para el padre Peyriguère su trabajo en el dispensario no consiste sólo en realizar curas, o un servicio, sino que se trata de crear relaciones humanas. Su dispensario es mucho más que un dispensario, es un verdadero lazo de amistad, un verdadero encuentro de amistad; todo ello como la mejor manera de mostrar a Cristo, mostrar su bondad; es el testimonio del “misionero aislado o desbrozador” en medio de aquel pueblo: «En medio de los que no le conocen, ser una presencia de Cristo... sentirse solo llevando a Cristo en sí... saber que uno es, en medio de ellos, el único a través de quien Él se muestra, y a través de quien ellos le juzgan... tener toda la responsabilidad de lo que ellos pensarán de este Cristo, y querer dar la idea más alta y la idea más tierna. Y que el Cristo anónimo sea a la larga como una llamada que hará venir el Cristo declarado y conocido»²⁰.

De alguna manera sus amigos, los bereberes, llegaron a captar toda esta dimensión humana y espiritual del padre Peyriguère. Por esta razón le consideraban un “marabú”²¹ cristiano.

¹⁹ *Ibíd.* 113.

²⁰ *Ibíd.* 116.

²¹ El marabú (*al-marabit*, morabito, «almorávide») es un campeón de la fe, una especie de santo, a veces ermitaño, buen conocedor del Corán, famoso por su profunda piedad, cuyo prestigio le lleva a ser consultado por los doctores de la ley y a ser tomado por árbitro y juez de la tribu o incluso de

7. *Monje-misionero*

El padre Peyriguère consiguió ir más allá del binomio acción-contemplación y más allá del binomio monje-misionero. Siguiendo a Foucauld llegará, como éste, a la fusión y síntesis de estas realidades como “misionero aislado o desbrozador”: «Cuando me di cuenta de que este mensaje de su vida misionera contenía una riqueza escalofriante, quise expresármelo por fragmentos. Sobre todo, hacerlo oración, hacerlo vida, ponerlo a prueba»²².

«Hace años que el padre Foucauld como fundador de una orden no cabe en mis horizontes. Para mí, toda su envergadura le viene de haber sido el iniciador de un movimiento misionero, de un movimiento espiritual»²³.

«Los que querrán hacérsela suya y dedicarle la vida, se buscarán, encontrarán. Cuando se hayan encontrado, si desean trabajar juntos, habrán de concretar la fórmula para la organización de su grupo que incluyan sus deseos de cooperación»²⁴.

Leyendo y releendo la propia vida de Foucauld, el padre Peyriguère va comunicando en sus diferentes escritos, artículos, correspondencia, todo aquello que aprende del mensaje centrado en estos tres principios citados anteriormente. Veámoslo en concreto.

8. *Establecerse en medio de los pueblos infieles*

Todo esto lo expresa el P. Periguère en su correspondencia: «He venido aquí para vivir personalmente el ideal del padre Foucauld... monje-misionero. Esto es lo que yo quiero ser. Tenemos que estar en medio del islam antes que nada como orantes e inmolados. Dios no salvó a la humanidad si no porque Jesús, el gran Sacerdote, tomó esta humanidad en sí, y el Padre no ha visto a los hombres sino a través de su Hijo muy

la región, levantándose a su muerte una tumba (también llamada marabú), adonde acuden en peregrinación. Pese al monoteísmo islámico, el pueblo siempre buscó intermediarios entre lo divino y lo humano.

²² *Ibíd.* 148.

²³ *Ibíd.* 143.

²⁴ *Ibíd.* 147.

amado. De igual manera, creemos que Dios quiere la salvación del islam, pero sólo se salvará por Cristo. Cristo glorioso no puede volver a la tierra, nosotros nos ofrecemos a Él, nos dejamos en Él, le prestamos a Él, le damos nuestra pobre humanidad para que viviendo en Él (es el efecto del bautismo y del sacerdocio), Él pueda, puesto que nos hemos hecho bereberes con los bereberes, en nosotros y por nosotros, ser Él mismo berebere. Y que el Padre, único que puede llevar al Hijo, mire, ame y salve a los bereberes en Él»²⁵.

Hacerse a todos para ganar a todos. Encarnación en los bereberes: «Cristo en medio de los bereberes... cada noche por medio de la voz de su sacerdote, la oración de Cristo pide al Padre que le dé estas almas, el Cristo convertido en bereber en su sacerdote que se ha hecho bereber... Cristo, a través de la voz de su sacerdote, desea ardientemente y aún espera ardientemente la redención berebere»²⁶.

El padre Peyriguère, una y otra vez, reza y medita los puntos neurálgicos de la misión en Foucauld: «Me parece que delante del Buen Dios y delante de los hombres, quedaré como aquél que ha extraído, materializándola en mi pobre vida, esta vocación espléndida de “misionero aislado o desbrozador” (monje-misionero), tan querida por el padre Foucauld, como aquél que ha extraído de su mensaje, donde estaba mezclada con algo más. Ahora el movimiento está en marcha. Seguro que en el futuro habrá vocaciones que buscarán este camino»²⁷.

Foucauld vivió e intuyó el mensaje de la pre-misión en una situación de conflicto entre dos realidades opuestas: por un lado su voluntad de ser salvador con Jesús y por otro el hecho de encontrarse con la realidad del islam, que rehúsa a Cristo porque cree poseer una cosa mejor. Frente a este rechazo el pre-misionero intenta encontrar puntos de penetración para comunicar y transmitir su mensaje salvador. Esta presencia del pre-misionero en un medio no-cristiano y su forma de vida silenciosa, imitando al

²⁵ GORRÉE-CHAUVEL, *Foucauld y Peyriguère. Misioneros que no colonizaron*, o. c. 172.

²⁶ M. LAFONT, *El Pare Peyriguère*, o.c., 121.

²⁷ *Ibíd.*, 144.

Jesús de la vida oculta de Nazaret, hace presente en el islam a la Iglesia y le convierten en un auténtico misionero.

A través del pre-misionero, Cristo se hace presente a estas personas, manifestándose de nuevo con toda su ternura, a través de la caridad y de la bondad. Y, además, el misionero intercediendo por los no-cristianos, va preparando el terreno de la cristianización haciendo presente ya en el aquí y ahora el Reino de Dios.

9. *Vivir el misterio de la encarnación*

El padre Peyriguère sabe ahora en El Kbab lo que quiere ser, para lo que ha sido llamado. Estas son sus palabras: «El padre Foucauld alcanza toda su talla en la Iglesia de las misiones y ante el apostolado cristiano, por haber dicho y vivido el significado y la densidad mística, el significado y la densidad apostólica de las presencias silenciosas del apóstol, de todo cristiano, en realidad, allá donde se halla o dondequiera que esté: he aquí el alma y la esencia del mensaje foucauldiano»²⁸.

Ser apóstol en Nazaret es sumergirse plenamente en el misterio de la encarnación, tal como lo vivió Foucauld. Peyriguère se hace bereber para llevar el mensaje de salvación a sus hermanos bereberes. Es, al mismo tiempo, bucear en el misterio de la propia persona, para ir desposeyéndose de todo lo superfluo y encontrar, en lo más íntimo del ser, el misterio de la encarnación. Peyriguère siente la llamada misionera que nace de su misma esencia cristiana: «Todo cristiano ha de ser misionero, todo cristiano ha de ser salvador con Jesús». Ser cristiano en su pensamiento es, para cada persona, saberse y aceptarse como responsable en su propia alma y en su propia vida de los destinos del misterio de la Encarnación, pero también «saberse y aceptarse responsable del misterio de los demás y del mundo entero»²⁹.

El misterio de la Salvación, a través del misterio de la Encarnación como fruto y consecuencia del misterio del Amor de Dios, es lo que querrá vivir el padre Peyriguère en su ermita de El Kbab. Para ello se hará bereber, será uno más, intentará identificarse hasta el último detalle, ropa, comida, lenguaje, para

²⁸ A. PEYRIGUÈRE, *El tiempo de Nazaret*, o.c., 87.

²⁹ *Ibid.* 84-85.

que, tal como él mismo dirá con un deje de íntima satisfacción y de sencillez evangélica, que a través de él, este nuevo bereber, Cristo pueda también ser bereber y también a través de él sus hermanos bereberes puedan descubrir a su hermano Jesús. Esta vocación de exploración y adelanto, esta vocación de encarnación profunda y total que llevará con verdadero tesón y fidelidad hasta las últimas consecuencias, y que definirá como pre-misión, y en la que quedan recogidas todas sus ansias de justicia y amor a los más pobres, de ternura y heroísmo, de tenacidad y humildad, de búsqueda en los grandes espacios del espíritu, parece hecha a su medida y no la abandonará jamás.

10. *Amistad con Jesús y entrega a los hermanos*

Uno de los aspectos esenciales del padre Peyriguère es su intimidad con Jesús. En él, la delicadeza y la ternura irán tomando cuerpo en sus relaciones con los demás: «Qué bueno es vivir cogido así a la falda del buen Dios! Esta pobreza, si sigue envuelta con la sonrisa de la confianza, es la marca de las obras del buen Dios»³⁰. Al hablar de la pobreza trasciende el hecho en sí, y también de la simple comunión con el hermano, e incluso de la misma imitación de Cristo. Llega más allá. Es el sentimiento del hijo pequeño plenamente confiado en los brazos de su padre, que se siente pequeño y se siente amado. «Qué cerca estamos de Cristo en los detalles de esta vida de cada día que nos parece tan monótona y tan insignificante. Días enteros acogiendo a los bereberes, trabajando de forma agotadora: cuidados, alimentos, ternura». Para darse de esta manera hay que estar muy unido al Señor.

Aunque utilizando un lenguaje impersonal, en el fondo nos está hablando de su experiencia en este fragmento de su testamento espiritual: « ... después de haber tocado como físicamente, pero con respeto y amor, el sufrimiento de Cristo en todas esas carnes doloridas... nada más entrar en su pobre capillita de los confines, hallarse allí cara a cara con la Eucaristía, ¡qué calor de intimidad subía por él, le afluía al corazón!»³¹

³⁰ M. LAFONT, *El pare Peyriguère*, o. c., 188.

³¹ A. PEYRIGUÈRE, *El tiempo de Nazaret*, o. c., 209.

En esto podemos ver el cumplimiento de las palabras de Jesús: «Manteneos en ese amor que os tengo, y para manteneros en mi amor, cumplid mis mandamientos»³². Para conocer la vida contemplativa de Peyriguère hay que profundizar también en lo que ha comprendido acerca de las cosas de Dios, en lo que le ha sido revelado por el Padre por ser “pequeño y humilde” como decía Jesús en su acción de gracias al Padre³³. Otra de las constataciones de Peyriguère es comprender que «durante mi vida he aprendido más sobre el buen Dios entre los niños pequeños que entre los grandes teólogos»³⁴. Realización en él de las palabras de Jesús: «De los que son como ellos es el Reino de Dios»³⁵. Ligado a esto está su sentido claro de la actuación de Dios en nuestras vidas: «Adoremos esta santa voluntad de Dios, a medida que los detalles y las circunstancias de nuestra vida nos la signifiquen y nos la hagan conocer. Y después adoremos también por todo lo que aún no vemos, adoremos lo que hay de desconocido en los designios del buen Dios sobre nosotros»³⁶.

«Nunca tengo prisa; el tiempo es un colaborador tan bueno de las obras del buen Dios, que aclara muy bien las cosas y las somete a prueba de fuego»³⁷.

«Día tras día, el buen Dios nos lo va arrebatando todo. Pero Él se queda siempre, todo lo que no ha arrebatado nos queda con Él y en Él»³⁸.

Una de las cosas interesantes a tener en cuenta a la hora de considerar su conocimiento de Dios, es su expresión “el buen Dios” que utilizaba frecuentemente en sus escritos. La mayor parte de las veces que nombra a Dios, antepone el adjetivo “el buen”, como afirmando que «Nadie es bueno más que uno, Dios»³⁹. Así, esta

³² Jn. 15, 10.

³³ “Por aquel entonces exclamó Jesús: «Bendito seas Padre, Señor del cielo y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; si, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien» (Mt 11, 25-26).

³⁴ M. LAFONT, *El pare Peyriguère*, o. c. 193.

³⁵ Mt 19, 14.

³⁶ M. LAFONT, *El pare Peyriguère*, o. c. 192.

³⁷ *Ibid.*, 194.

³⁸ *Ibid.*, 186.

³⁹ Lc 18, 19.

expresión es una herencia que nos deja el mismo Peyriguère, movido por el Espíritu Santo.

11. *Buscar a Dios en donde nos encontramos y no donde nos gustaría*

El padre Peyriguère siente vivamente la necesidad de dedicarse al estudio del padre Foucauld y sobre todo a expresar cual ha sido su legado espiritual al mundo. El 3 de febrero de 1939, escribe: «No me acabo de convencer de que esté a la altura de ponerme delante de un movimiento al cual he dado impulso al ser el primero y hasta ahora el único en vivir la carta de 1911. Al menos lo que yo veo claramente es que dar la doctrina de este movimiento es quizás mi vocación»⁴⁰.

Pero resulta que se ve llevado a otra actividad: «No, el ideal misionero del padre Foucauld no va de prisa en avanzar: ¡estoy tan ocupado! El número de enfermos que se presentan, a menudo en proporciones agobiantes, ha aumentado»⁴¹. Peyriguère planeaba una vida de ermitaño, de “silencio y soledad”, de estudio, de cara a hacer una labor de monje misionero y de “hombre del mensaje”. Pero el buen Dios le presenta otro servicio a realizar por los hermanos bereberes. Un servicio acaparador, y Peyriguère acepta esta vida que le presenta el Padre, desarrollándola con una gran generosidad: «Paso prácticamente todo el tiempo libre cuidando enfermos... Ha sido preciso que dejase momentáneamente los trabajos intelectuales. En principio, me ha costado. De repente, un buen día, una iluminación del Señor. He “palpado” con la mano que haber hecho el más pequeño bien al más débil de nuestros bereberes era mejor y más importante que escribir páginas geniales sobre los temas más elevados e interesantes»⁴².

«Buscar al buen Dios allí donde se ha puesto para cada uno de nosotros, y no allí donde nos agradecería encontrarlo o donde escogeríamos encontrarlo. ¡Que elija Él! Nunca hago tanta contemplación como en plena agitación de mi dispensario. “Estaba enfermo y me cuidasteis”, entonces la carne sufriente de estos

⁴⁰ M. LAFONT, *El padre Peyriguère*, o. c. 147.

⁴¹ *Ibid.*, 154.

⁴² *Ibid.*, 107.

enfermos, es la carne de Cristo que tengo el trastornador gozo de tocar. A eso le llamo hacer presencia real»⁴³.

Acción-contemplación en lo concreto de su vida en El Kbab. Hay muchos pasajes suyos hablando de este tocar la carne de Jesús a cada momento en su dispensario. Pensamos que es uno de los descubrimientos básicos de su vida y de su espiritualidad, y esto para él es su contemplación. «A Mí me lo hicisteis»⁴⁴. Así, el padre Peyriguère era contemplativo cuidando a sus bereberes, porque sentía que tocaba a Jesús y en la Eucaristía donde oraba por sus hermanos de adopción, con los que se sentía uno de entre ellos: “Sacerdote de Cristo y enfermero de los bereberes”, diríamos nosotros, pero para él era “sacerdote de los bereberes y enfermero de Cristo”.

12. *Apóstoles por el ejemplo, por la bondad*

La intuición del “hermano universal” es de una riqueza muy grande. Su mensaje se dirige tanto a sacerdotes como a religiosos y a laicos. Su correspondencia está plagada por esa preocupación de hacer vibrar a todos con su ideal. En una carta de Foucauld a Massignon, del año 1912, hay un texto que creemos importante: «Yo sé muy bien a qué llama Dios a todos los cristianos, hombres o mujeres, sacerdotes y laicos, célibes y casados A ser apóstoles, apóstoles por el ejemplo, por la bondad, por un contacto beneficioso, por un afecto que reclama reciprocidad y que lleva a Dios; a ser apóstol ya sea como Pablo, ya como Priscila y Aquila, pero apóstol siempre, “haciéndose todo a todos para dar a Jesús a todos”»⁴⁵.

Esto también lo recoge fielmente el padre Peyriguère, quién en su Testamento espiritual, escrito el 10 de febrero de 1959, pocos días antes de su muerte, lo expresa de esta forma: «El mensaje del padre Foucauld es de una riqueza muy densa y compleja. Más que una espiritualidad particular, es simplemente, nos atrevemos a decirlo, una visión del Misterio Cristiano... tal como se ha mostrado a los Padres de la Iglesia, ante todo un mundo

⁴³ *Ibid.*, 192.

⁴⁴ Mt 25, 31-46.

⁴⁵ D. BARRAT, *Oeuvres spirituelles de Charles de Jesús, pere de Foucauld*. (París 1958) 773.

al que había que convertir tal como debe ser propuesto a los hombres de Dios si queremos que nos escuchen. Muchos son los que vienen a beber de su fuente. Todos, por diferentes que sean unos de otros, deben tener el derecho de inspirarse en el padre Foucauld. Perdidos en la muchedumbre, aislados y viviendo este ideal cada uno en su estado de vida, tal vez alguno o alguna viviéndolo en común, a ellos nos dirigimos. Se adhieran o no abiertamente, en el anonimato o nominalmente, al padre Foucauld, el hecho es que están en su línea. Esta doctrina misionera del padre Foucauld no está simplemente destinada a los sacerdotes y religiosos. También los seculares pueden ser llamados a hacerla suya y a informar con ella su vida. ¡De qué manera, a cada instante, Foucauld recuerda que todo cristiano es responsable del destino del Misterio de la Encarnación, en sí mismo, sin duda alguna, pero también en el mundo entero! Para él nuestra vocación cristiana se nos ha dado como una vocación de salvadores. Él mismo ha llevado en sí la magnífica obsesión de integrar la preocupación misionera en el cristianismo tal como la ha vivido y propuesto que se viva. A pesar de que ciertas expresiones que parecen más bien dirigidas a los sacerdotes y religiosos, nuestro lenguaje se dirige a todos los seculares, estén donde estén y sea cual sea su estado de vida»⁴⁶.

No hace falta insistir sobre la universalidad del mensaje del padre Foucauld, tan profundamente vivido por el padre Peyriguère, que llega a una serie de formulaciones muy claras. Pero también vivió esta preocupación por llevar a todos los cristianos el mensaje que había sido el centro de su vida. En una carta del año 1945, el padre Peyriguère escribe a un amigo poniendo de manifiesto el mensaje misionero de Foucauld al final de sus días, como si fuese el propio del padre Peyriguère: «Poniendo a punto nuestra doctrina misionera, Y habiendo de proponerla por primera vez al gran público, me doy cuenta de que mis ideas han evolucionado singularmente respecto a la forma que podrían tomar esos grupos, formados espontáneamente por los que se habrían adherido y quisieran consagrar su vida a la práctica de esta doctrina. Mis horizontes ahora van más allá de los horizontes de la carta y toman toda la dimensión de los horizontes de la Asociación. Es un hecho que el padre Foucauld al final de su

⁴⁶ A. PEYRIGUÈRE, *El tiempo de Nazaret*, o. c., 185-186.

vida olvidó casi todos sus proyectos de reglas. Sus preocupaciones parecían casi totalmente centradas en el *Directorio* y en la voluntad de proponerlo al mayor número posible de almas y de hacerlo vivir. De otra parte, pensaba ir a instalarse a Francia y permanecer todo el tiempo que fuera necesario para poner en marcha esta Asociación. Almas penetradas de su espiritualidad misionera, que estuviesen completamente disponibles para lo que la obra misionera reclamase de ellos y bajo la forma que ella reclamase: he aquí lo que él quería dar a la Iglesia misionera, el instrumento que quería forjar para ella... Algo totalmente libre en relación a una regla, sin atarlo a cuestiones de reglamento, de hábito, de espíritu particular, etc. al servicio total y único de la Iglesia misionera, fuera lo que fuera lo que se les pidiese. Elementos comprometidos, definitivamente o por el tiempo que hiciera falta, en todos los ambientes, sacerdotes, religiosos, laicos e incluso familias. En algún caso la primera penetración misionera tan sólo podría ser posible dando paso en primer lugar a unos Priscila y Aquila. ¿Bajo qué forma, en qué estructura, muy amplia, evidentemente, pero asimismo real, se agruparían todos estos elementos? Estoy tal vez a punto de concebirlo. Tanto los grupos de la regla, como los grupos de la carta, podrían existir en el interior de un organismo muy amplio... Una “fraternidad”, una familia de almas donde fueran aseguradas la estabilidad y la cohesión, una cohesión y estabilidad bien reales y bien sólidas, pero con el mínimo, tan sólo el mínimo necesario, de encuadramiento exterior y una forma canónica nueva a encontrar»⁴⁷.

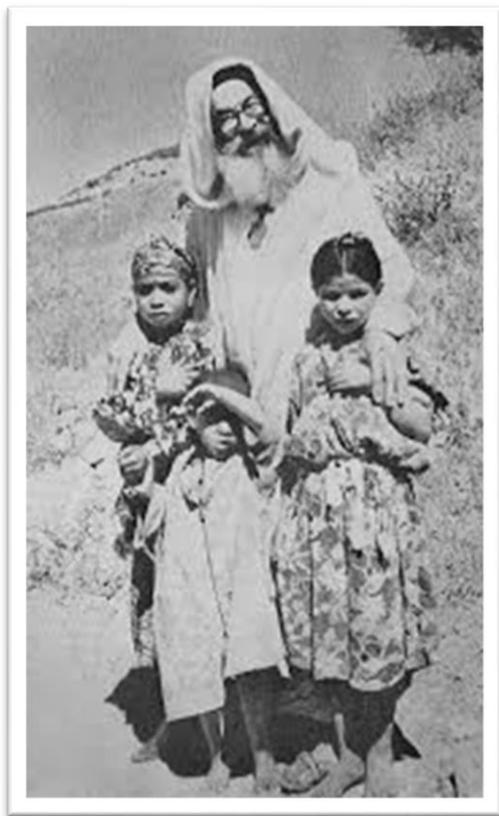
JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU

⁴⁷ Carta inédita del padre Peyriguère, que se encuentra en la Biblioteca Foucauld de la Comunidad de Jesús.

«He venido aquí, escribe algunos meses después de su llegada, para vivir personalmente el ideal del padre De Foucauld ... Monje-misionero, esto es lo que yo quiero ser. Tenemos que estar en medio del islam antes que nada como orantes e inmolados. Dios no salvó a la humanidad sino porque Jesús, el Gran Sacerdote, tomó esta humanidad en sí, y el Padre no ha visto a los hombres sino a través de su Hijo muy amado. De igual manera, creemos que Dios quiere la salvación del islam, pero sólo se salvará por Cristo. Cristo glorioso no puede volver a la tierra: nosotros nos “ofrecemos” a Él, nos “dejamos” en Él, le “prestamos” a Él, le “damos” nuestra pobre humanidad para que, viviendo en Él (es el efecto del bautismo y del sacerdocio), Él pueda, puesto que nos hemos hecho bereberes con los bereberes, en nosotros y por nosotros, ser Él mismo berebere, y que el Padre, único que puede llevar al Hijo, mire, ame y salve a los bereberes en Él».

Cita en G. GORREE Y G. CHAUVEL, *Foucauld y Peyriguère. Misioneros que no colonizaron* (Madrid 1968) 172. Recoge la cita de G. GORRÈE, *Le Père Peyriguère*, 61-62

Testimonios y Experiencias



«La Eucaristía y el Sagrado Corazón,
he aquí las dos grandes palpitaciones
de la Vida del alma del misionero»
(P. A. Peryguère)

La oración del pre-misionero o (de la Iglesia) unida a la oración de Cristo, en nombre de los paganos.

«Cuando todo duerme en la montaña, todo excepto el chacal, la pantera y los vagabundos, qué grato es convertirse en la voz de todo un pueblo y derramar a los pies del amado Cristo el homenaje anticipado y como las arras de un amor que aún no quiere saltar...»

«Oh! No conozco nada más conmovedor que esta oración de la noche: en esos momentos vive realmente el pobre corazón; en esos instantes aprende a tener todas las audacias ...»

«Levantarme de noche sigue siendo para mí tan excitante como el primer día. Mientras todo el islam duerme, ser a los pies del Tabernáculo el que ora por él; y, llegando hasta el fondo, hasta tal punto uno se ha identificado con este pueblo en medio del cual vive, ser en cierta manera el islam que reconoce a Cristo, que le suplica y lo ama anticipadamente. Las horas pasan: ¡qué grato es orar en esta capilla! En determinados momentos, uno se siente tan cerca de Dios, pero sobre todo se siente a Dios tan cerca de uno mismo que casi se olvidaría desear el cielo»

MARCEL CORNELIS, o.c., 216

MISIONEROS CON EL PADRE DE FOUCAULD. TESTAMENTO ESPIRITUAL DEL P. PERYGUÈRE

Louis Massignon pidió al Padre Peyriguère una colaboración para la revista *Les Mardis* de Dar el Salam en el centenario del nacimiento del Padre de Foucauld. Esta colaboración se considera el testamento espiritual del P. Peyriguère (10 de febrero de 1959). El sacerdote moría ocho días después (26 de abril de 1959). En realidad, el artículo era uno de los primeros capítulos de un libro inacabado.

«Considerad al apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos: a Jesús» (Hebr 3, 1)¹

I. Sobre los pasos del padre de Foucauld: pre-misioneros

¿Cómo se sitúan, en el movimiento foucauldiano, los que nosotros llamamos «pre-misioneros» del Padre de Foucauld? ¿Qué parte de la herencia del Padre común asumen y cómo la asumen?

Decir simplemente que son contemplativos, que hacen oración y se inmolan, daría una idea demasiado simple de su vocación, que equivaldría a dar una idea falsa.

Contemplativos, lo son, pero a la manera en que el Padre de Foucauld, en el último estadio de su pensamiento y de su vida, tiene conciencia de serlo, y tal como quiso serlo. Más que contemplativos en país de misión, como refuerzo místico a los misioneros activos, habría que decir que son «contemplativos misioneros», por lo tanto, misioneros en toda la acepción de la palabra. Este es el vocablo que mejor define su vocación propia.

Pero debe ser tomado en su sentido total y profundo y, debe decirse, hecho nuevo por la densidad apostólica de la que estaban cargadas, en el Padre de Foucauld, todas las palabras y todas las cosas. Con orgullo y entusiasmo no disimulados, él mismo se había dado ese hermoso título de «monje misionero» y lo quería para sus discípulos, religiosos o sacerdotes. Si la

¹ Traducción actualizada de la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española (2011).

Iglesia lo permitiera, cuántos religiosos y religiosas encontrarían bello y atractivo llamarse «monjes misioneros» o «monjas misioneras» del Padre de Foucauld. Partiendo del trinomio contemplativo: «Amar a Jesús, imitarlo, hacerle compañía (o consolarlo)», el itinerario moral o espiritual del Padre de Foucauld está hecho con haber llegado al trinomio misionero: «Amar a Jesús, imitarlo, ser salvador con Él». O también, a veces: «Para ser miembros de Jesús, ser salvador como Él»².

Es ahí donde el pre-misionero alcanza a su venerado Padre y, mirándolo y sin cesar de mirarlo, parte tras él adonde él vaya, por sus mismos caminos. La ruta está trazada con surcos luminosos que a la vez la aclaran y la calientan.

La homonimia Jesús Salvador no desaparece ya de los labios ni del corazón del pre-misionero que sigue al Padre de Foucauld. Hay para él todo un culto foucauldiano del Nombre de Jesús, vibrante de resonancias misioneras que el Padre de Foucauld le da, grávido de toda su significación y de toda la densidad misionera con que él la ha enriquecido. Se necesitaría para este tema un estudio especial.

Otra precisión que se dirige a los seglares, llamados también, ya individualmente, ya en grupos, a ser pre-misioneros: Contemplativos: no forcemos el sentido de las palabras; sin hacerlo, les dejamos toda su trascendencia.

Contemplativos: es decir, que hacen oración y se inmolan. En esto hay grados y modos diversos. Pero sobre todo en país de misión, en país de pre-misión, ¿y qué cristiano de nuestros días no vive en país de pre-misión?, todo cristiano se sabe y se siente responsable de los destinos del misterio Redentor, como ya hemos dicho.

Empleemos las palabras humildes y familiares, las palabras de la vida: responder a tales responsabilidades, por ejemplo, la oración, el sacrificio, la bondad.

Dar a su vida cristiana, y esto quiere decir a su vida de oración y a su vida de acción, el deber cotidiano, lo sublime del deber cotidiano, más allá de la simple preocupación de la

² Compárese, por ejemplo, la Regla de 1896 (*Obras Espirituales*, Antología, Edic. du Seuil, pág. 406) con la carta a S. Perret, 1904 (Antología, pág. 399).

salvación individual, de los horizontes misioneros... superarse a sí mismo... movilizar toda la humilde pero inaudita riqueza de la propia vida de cada día, al servicio del gran sueño conquistador que es el cumplimiento, cada día en más almas, de la obra redentora de Cristo: *esto es ser pre-misionero*.

Igualmente, haber centrado así todo lo ordinario de la propia existencia cotidiana en semejante ambición, lanzando al alma a alta mar, es también un rudo latigazo en la acción.

II. *En los confines del imperio místico*

«Preparar los caminos del Evangelio...» «Predicar el Evangelio en silencio...» «Santificar a los pueblos invisiblemente...» «silenciosamente...» «Poner en ellos la oración de Jesús...» «la oración de la Iglesia», el Padre de Foucauld dice una y otra cosa indiferentemente: «Llevarles la presencia eucarística...» «Entablar lazos de amistad...» «Ser un Evangelio viviente.» «Imitar la vida oculta de Jesús». Bloque foucauldiano de poderosas intuiciones, de axiomas ardientes de los que se destaca (si se les restituye su «aura» teológica y mística) una doctrina misionera y, para usar un lenguaje hoy corriente, una *problemática misionera*.

Los pre-misioneros quieren ser aquellos que se han expresado esta doctrina y se han dedicado a vivirla. Encuentran muy hermoso el ser enviados a los confines del Imperio místico: a las fronteras más duras y difíciles, hacia los no cristianos entre los cuales, lo mismo en país cristiano que en país de misión, todo apostolado directo e inmediato es imposible o momentáneamente contraindicado

Los pre-misioneros lo esperan todo del Padre de Foucauld: espíritu, doctrina, métodos de esa vocación de pioneros. El Padre ha sido el primero en vivirlo tan magníficamente y lo ha dicho de una manera única, que equivale a adentrarlo en el alma.

Quieren ser los especialistas del trabajo pre-misional cuyo inventor, como ya hemos dicho, es el Padre de Foucauld, al menos con el relieve que ha dado a ese trabajo. Y se inspiran

en los métodos que, para semejante labor, el Padre de Foucauld ha sido el primero en formular y emplear.

La pre-misión, entendida en el sentido foucauldiano, «comienza la obra de conversión», según la expresión del Padre. Planta ya la Iglesia.

III. *Centrados en el misterio de la Encarnación*

El Padre de Foucauld no se cansa de clamar a sus discípulos y ellos no se cansan de oír siempre el mismo llamamiento «Dejad que Cristo viva en vosotros su Encarnación, su vida, sus virtudes...». En este llamamiento se expresa y resume toda su vida personal, y toda su vida de apóstoles...: dos vidas de las que el Padre de Foucauld les ha enseñado a hacer una sola. «Para ser miembros de Cristo, les dice, y ser salvadores como él».

Oyendo hablar al Padre de Foucauld y siguiéndolo, se sienten y se saben arrojados en pleno corazón del Misterio de la Encarnación. Todo, en el Padre de Foucauld, está centrado en el Verbo Encarnado, en Jesús Hombre Dios. ¿Acaso no se ha dicho, y con toda justicia, que su misión consistió en volver a enseñar a los hombres de hoy el misterio de la Encarnación? Su vocación y, por consiguiente, la de los pre-misioneros, no es, ni más ni menos, otra cosa que el misterio Redentor pensado y vivido. Pero este misterio, en la plenitud de su significado, de valor y trascendencia... más allá de las disecciones y la fijeza que reclaman las comodidades y exigencias de las catequesis, restituido y ofrecido al alma del apóstol «en estado de vida», lo hace suyo para enriquecerse a sí mismo, pero también para darse sus horizontes misioneros.

La Encarnación redentora, como place decirse en nuestros días, su porqué, también su «cómo»... Encarnación para ser Redención... Redención, sin dejar de ser Encarnación, según la expresión de san Atanasio: «Los hombres salvados por Cristo, pero salvados en Cristo», que a todos los ha acogido en Sí mismo, al nacer, y a todos los ha llevado en Sí mismo durante su vida y en la cruz (...)

El misterio de la Encarnación: sus dimensiones visibles e invisibles sabidas y expresadas en el espacio y en el tiempo (...)

sabido y expresado su dinamismo visible y también su dinamismo invisible.

La Encarnación como hecho fijado en un momento de la historia, pero también, como dice san Ireneo, «como irrupción de una energía divina» en el mundo, una energía que no deja de adueñarse de las almas y de actuar en ellas.

La dogmática y la dialéctica del misterio, según el sentido moderno de la palabra, demasiado poco subrayada... El «Misterio oculto» de san Pablo, «el gran designio concebido por Dios desde toda la eternidad, revelado en el Evangelio, de salvar a todos los hombres sin distinción de razas, identificándolos con su Hijo bien amado, en la unidad del Cuerpo místico» (Padre Prat).

Puntos de vista doctrinales que en el Padre de Foucauld se convierten en fórmulas de vida. En la prolongación de esas perspectivas abiertas ante él por el misterio de salvación, se inscriben las líneas fundamentales de su vocación misionera. Digámoslo de una vez por todas, a fin de que estos comentarios no parezcan algo marginal: omitir de la problemática misionera del Padre de Foucauld sus fundamentos doctrinales, sus presupuestos teológicos, es condenarse a no encontrar ni la originalidad y la valentía del gran inventor espiritual que hubo en él.

Más allá del sentimiento, a pesar de las apariencias, el Padre de Foucauld se sitúa en el plano de la doctrina. Su pensamiento se estructura y su acción se ordena y determina por el hecho de que se ha expresado a sí mismo los aspectos esenciales del Misterio cristiano que lo han sorprendido, los que él ha retenido y son su magnífica obsesión. No evocarlos y darles el relieve que merecen, equivale a no saber nada del Padre de Foucauld. Dígase de una vez por todas, pero había que decirlo.

IV. Ante los no cristianos

Primera perspectiva descubierta desde esas alturas y, por ello mismo, toma de posición ante el misterio de Salvación...; igualmente, actitud del alma que se exalta ante las dimensiones invisibles del misterio redentor y no sabe, para expresárselo, más que cantar la conmovedora letanía foucauldiana, con los mismos

versículos incansablemente repetidos: «Hermano universal, amigo universal, Salvador universal...», puntuados a cada instante por la también conmovedora súplica: «Dios mío, haced que todos los hombres vayan al cielo».

Sí, toma de posición previa, que todo lo ordenará en la vocación del pre-misionero. Para él, como para el Padre de Foucauld, «no cristiano» no quiere decir totalmente extraño a Cristo y para quien Cristo es totalmente ajeno.

El pre-misionero queda estupefacto ante lo que él se siente obligado a llamar grandeza crística de los no cristianos. Contenido crístico en ellos: este parentesco físico con Cristo que, en la Encarnación, ha asumido a todos los hombres en Él y ha hecho de ellos sus hermanos... Contenido crístico también, ese «pre-cristianismo» que son, en estos no cristianos de diversas razas y de diversas culturas, los valores religiosos y humanos auténticos que profesan, o sus costumbres a menudo tan ricas de resonancias espirituales... esta riqueza, no cristiana de nombre, tal cual es o purificada, dispuesta a recibir el bautismo de Cristo para ser sublimada por Él...

Dinamismo crístico en esas almas, puesto que Cristo no pierde nunca de vista a sus hermanos en la carne, con sus grados en diversos sentidos, trabajados por la gracia. En pocas palabras: «Hermanos de Cristo en la carne» lo son todos los hombres, incluso los no cristianos, según la expresión de Pío XII (Encíclica *Mistici Corporis*).

Este parentesco carnal de los no cristianos con Cristo, por el hecho de la Encarnación... esta especie de «*Ante Christum*» que, evidentemente, no debe asimilarse en modo alguno al Antiguo Testamento para los cristianos... (sin llegar a asimilarlo, habría en algunos Santos Padres bastantes cosas que decir acerca de esta lejana preparación...), este pre-cristianismo que constituye en los no cristianos su patrimonio moral y espiritual bebido en sus propias fuentes religiosas o en otras... esta acción de la gracia fuera de la visible pertenencia a la Iglesia: he aquí tres presupuestos fundamentales que son el punto de partida de la problemática pre-misionera y fundan lo que aún nos atrevemos a llamar «la grandeza crística de los no cristianos».

No haberse expresado esta grandeza crística al ir hacia ellos, es no saber nada del misterio Redentor: una grave falta en el propio haber.

«Estos comienzos» de Cristo en ellos, que, según el pensamiento de los Padres de la Iglesia, podrían llamarse «Infancia de Cristo» en esas almas... esas «Infancias de Cristo» las contempla el pre-misionero como algo que la Iglesia le ha confiado para que vele sobre ello, tal es el lenguaje de san Agustín, a propósito de la responsabilidad maternal de la Iglesia, para «acunarlos», para «amamantarlos» y hacerles crecer.

V. Elementos para ser en medio de las almas una presencia de Cristo

Siempre centrado en el misterio de la Encarnación, en una perspectiva nueva y, como total, que le descubre su excepcional originalidad (no nos atrevemos a decir excepcional individualidad del misterio cristiano entre las demás religiones), aquí todo se le aclara al pre-misionero, todo se le dice, se le da todo. El Padre de Foucauld, como clavado en la contemplación más amante de esa perspectiva, no sabe apartar de ella sus miradas. ¡Cómo se repite, cómo surge su arte de repetirse sin que nada provoque en nosotros el deseo de que cae, antes bien, con el deseo de que continúe! Secreto del lirismo foucauldiano.

Su magnífica obsesión: el misterio cristiano ha venido al mundo, se le ha dado como un Advenimiento, como una persona, como una Presencia. La venida del Hombre Dios entre los hombres, la Persona de Cristo, su Presencia.

Así es como el Padre de Foucauld expresa su cristianismo, que para él es esto, nada más que esto, y lo demás es no ser esto... Todo ello dado una vez, nunca arrebatado, nunca quitado, siempre vuelto a dar, continuamente actuado. El misterio de la Iglesia: Persona y Presencia de Cristo... el misterio de la Eucaristía: Persona y Presencia de Cristo... el misterio de la Gracia: Persona y Presencia de Cristo... El Padre de Foucauld prefiere decir: «Su vida (de Jesús) en la Iglesia, en la Eucaristía, en el alma fiel».

La Iglesia, la Eucaristía, la Gracia, tríptico redentor en el que, para el Padre de Foucauld, se expresa todo el cristianismo...

¡Y qué manera la suya de reducir todo el trinomio a la Eucaristía! ¿Es acaso san Agustín quien habla, en san Cirilo de Alejandría, en Scheeben, todos esos gigantes del pensamiento cristiano? En todo caso, es también el Padre de Foucauld.

Entonces, hacer cristianos es poner en las almas la Persona de Cristo, es introducir en ellas su Presencia; y esto es ser apóstol. Cristo no viene totalmente, de una vez, a todas las almas. Son muy diversas las maneras, y hay que graduarlas y adaptarlas, de dar esa Presencia y esa Persona de Cristo. Por lo tanto, muy diversas las maneras de ser apóstol. Misionero es el que, en contacto de las almas y por ellas, para darles a Cristo, pone por obra las actividades redentoras visibles de la Iglesia: predicación, sacramentos, liturgia, obras, etc. Es el Cristo de la vida pública entre los hombres que hay que ganar para Jesús.

Pero también es misionero quien, en contacto con las almas y por ellas, para darles a Cristo, pone en práctica las actividades redentoras invisibles de la Iglesia; el que es, entre ellas, aquél que en su propia vida muestra a Cristo, sin manifestarlo por la palabra; el que es la Iglesia que se ofrece y se inmola... Este es el Cristo de la vida oculta, entre los hombres que hay que ganar para Cristo.

El pre-misionero se da a la Iglesia para poner por obra sus actividades redentoras invisibles. Funciones místicas, pero se enumeran, se definen, hasta el punto que hay que darse cuenta de que invisible no es sinónimo de irreal, ni místico es sinónimo de vago o sentimental. Actividades redentoras invisibles, de las que pronto se descubre que son un fundamento de actividades visibles, que precisamente por ellas alcanzan mayor eficacia. Pero queda bien entendido aquí que, de alguna manera, no se trata de erigir la jerarquía de salvación con detrimento de la jerarquía de liturgia.

VI. Elementos para ser, en medio de las almas, el Cristo de la vida oculta

Hay un grandioso punto de vista acerca del misterio cristiano, familiar a los Padres de la Iglesia y que lo es también al Padre de Foucauld, apenas sugerido y esbozado

en las notas precedentes, pero que debe entenderse en todas ellas y que a todas ilumina. Trataremos en este lugar de mostrar todas sus derivaciones.

Como el Cristo Redentor histórico, el Cristo Redentor místico ha querido tener sus diversas edades, ya sea en el modo de venir a las almas y subsistir momentáneamente en ellas, ya en la manera en que se propone y se da por el apóstol. Hay en las almas su infancia, su vida oculta, su vida pública, su edad adulta. En diversas ocasiones, el Padre de Foucauld se expresa a sí mismo esta manera de entender la tarea redentora de Cristo... Hace decir a Cristo: «Trato (por mi vida pública) de salvar a los hombres mediante mi palabra y las obras de misericordia, en vez de contentarme con salvarlos por la oración y la penitencia, como hacía en Nazaret. Mi celo de las almas se muestra al exterior»³.

Pero este Cristo en actividad en la historia del mundo y en las almas individuales es, desde la Ascensión y Pentecostés, la Iglesia. El Padre de Foucauld posee el agudo sentimiento de que la Iglesia es la Persona de Cristo, su Presencia, Cristo mismo en acción.

Así, pues, la Iglesia que es Cristo en la conquista de las almas tiene también sus edades, ya para acercarse a ellas, ya para hacerlas suyas, es decir, de Cristo. Por algunas razones, a veces insuperables, en ciertos ambientes y en determinadas razas, no puede ejercer sus actividades redentoras: entonces, se mantiene al acecho para aprovechar cualquier ocasión de ejercerlas. Para poder ser Cristo salvador en medio de los hombres, que es su razón de ser, la Iglesia pide al pre-misionero que se dé a ella, a fin de que por él pueda poner en práctica sus actividades invisibles, para ser por él Cristo en su vida oculta; pero Cristo es su vida oculta en plena acción, para llevar a cabo el misterio Redentor.

Encargada de conservar intactos a través de los siglos y de proponer el mensaje de Cristo y su ideal, si no puede hacerlo por el momento con la palabra, por el pre-misionero que lo encarna en su vida de cada día, lo muestra a los

³ RENÉ BAZIN, *Escritos espirituales*, 61 2ª ed.

hombres, lo que para tanta grandeza es un comienzo de proposición... En la persona del pre-misionero, da a Cristo alguien por el que puede llevar a cabo su interior misión de Pontífice, parte integrante del misterio Redentor.

Por el pre-misionero, la Iglesia trabaja en el acrecentamiento intensivo del Cuerpo místico, cuya función evidente es el acrecentamiento extensivo

He aquí a qué se ha dedicado el pre-misionero cuando, como realizador de las actividades redentoras invisibles de la Iglesia, Cristo está en él entre las almas, el Cristo de la vida oculta. Verdaderamente misionero, siembra, aunque no recoja la mies. La Iglesia cosechará, por otros, lo que él ha sembrado⁴. Sabe que «santificar a los pueblos invisiblemente»... «silenciosamente»... lleva a santificarlos «con eficacia»... «maravillosamente»... «que así ha comenzado la obra de conversión...». Expresiones todas de su venerado Padre. Planta la Iglesia verdaderamente.

VII. Como la Virgen en el misterio de la Visitación: realizador de actividades redentoras invisibles de la Iglesia

También hay que notar aquí que hay un culto foucauldiano del misterio de la Visitación, cargado igualmente del significado y de la densidad misionera que el Padre de Foucauld le da. De qué manera y en cuántas ocasiones se entusiasma diciendo que la Virgen ha santificado a san Juan Bautista y la casa de Isabel, silenciosamente, simplemente llevando a Jesús, al que tenía en sus entrañas. La fiesta de la Visitación es la fiesta patronal de sus Fraternidades. «Deben (sus discípulos) ser salvadores, dice, por la presencia del Santísimo Sacramento y la oblación del Santo Sacrificio, por la imitación de las virtudes de Jesús, por la penitencia y la oración, por la beneficencia y la caridad: la caridad debe irradiar de las Fraternidades como irradia del

⁴ El Padre de Foucauld llega a escribir: «Yo no estoy para sembrar; preparo la tierra; otros sembrarán, otros recogerán la mies». (Citado por GORRÉE, *Sur les traces...* (1953) 171.

Corazón de Jesús» (Cf. Regla de los ermitaños del Sagrado Corazón).

1° Mostrar a Cristo, su grandeza moral y su ternura.

Por la presencia del pre-misionero, Cristo se hace presente. Haciéndose presente por él, se manifiesta. Aun cuando no dice su nombre, está ahí, yendo y viniendo entre los hombres que no lo conocen. El pre-misionero quiere que su vida sea un «Evangelio vivo». Quiere «gritar el Evangelio con toda su vida». El Padre Foucauld se lo pide. Cristo, por este pre-misionero y en él, se yergue en toda la talla de su grandeza moral. Y sin querer rebajar los hechos religiosos no cristianos ni negar lo que de bello engendran en las almas, este Cristo que se yergue en toda su estatura, «se muestra a lo lejos». «Atrae». Esta es la palabra. ¿Cómo no va a llamar la atención? Este Dios desconocido está a punto de ser muy pronto un Dios respetado y tal vez un Dios amado en secreto.

Por el pre-misionero y en él, Cristo se muestra en todo el despliegue de su ternura. Ternura hecha, primero, en el pre-misionero, de respeto a quienes son sus hermanos en Cristo, a quienes mira como tales y que tienen verdaderas antenas para descubrir que son amados como hermanos.

Dar el pan a quienes tienen hambre, vestir a los que están desnudos, cuidar a los enfermos, defender a los oprimidos, consolar a quienes sufren, ser refugio de todas las miserias, refugio siempre acogedor y amante, incansable; saberse y quererse entregado siempre a todos... ternura de Cristo que se muestra y por la que a menudo encuentra más fácilmente el corazón de quienes habían resistido al prestigio de su grandeza moral.

2° Dados a Cristo para su misión interior e invisible de Pontífice.

¿Es bastante decir, por el pre-misionero, se muestra Cristo? Por él, Cristo y las almas no se conforman con

mirarse y seducirse. Cristo se acerca a ellas, pone ya la mano en ellas, las hipoteca, en cierto modo.

Nos hallamos aquí en el lugar más secreto del misterio Redentor... en su misma fuente, de la que mana el flujo de la gracia para salvación de las almas.

Llevado hasta allí por Cristo, el pre-misionero es de aquellos que él se reserva para golpear con él la roca... (son estos todos los conmovedores horizontes de la epístola a los Hebreos sobre Cristo Pontífice para la salvación de sus hermanos los hombres).

Hay una misión invisible de Cristo, una misión interior que él mismo ha definido en sus últimas conversaciones, verdadera «carta del apostolado»: «No viene al Hijo, dice en repetidas ocasiones, sino aquél que le ha sido dado por el Padre»... «Padre... glorifica a tu Hijo... a fin de que a todos aquellos que le has dado... Él les dé la vida eterna...». «No pido sólo por éstos (los Apóstoles), sino también por todos aquellos que crean en Mí a causa de su palabra...» «Me entrego por ellos, a fin de que sean santificados también en la Verdad.» La santificación, dicen los comentaristas, que Jesús obtiene para sus apóstoles, los substituye en todo su papel como sacerdotes y víctimas, dispensadores de la Gracia, etc. (Cf. Padre Lagrange *in hoc loco*).

«Cualquier cosa que pidieréis en mi nombre, yo la haré, para que el Padre sea glorificado en su Hijo». (Se trata, dice el comentarista, de la oración de la Iglesia, en la que se invoca el nombre de Jesús).

El pre-misionero se da a Cristo para que, hecho de un pueblo, de una raza, de una cultura, en ese pre-misionero que a su vez se ha hecho de ese pueblo, etc., pida en él y por él la salvación de sus hermanos... para que en él y por él Jesús sea sacerdote y víctima para la salvación de sus hermanos.

3° Obrero para el acrecentamiento intensivo del Cuerpo místico⁵.

Siempre más profundo, siempre más lejos, Cristo atrae al pre-misionero para una más total y más íntima cooperación en su misión de Salvador.

Hay, al lado del acrecentamiento extensivo del Cuerpo místico, un acrecentamiento intensivo... al lado de un aumento en superficie, una intensificación en profundidad. Son función la una de la otra: sería fácil mostrarlo según la enseñanza de san Pablo, de los Padres de la Iglesia y de la misma teología.

Nunca se ha acabado «de cumplir lo que falta a los sufrimientos de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia». Nunca se ha acabado «de hacer súplicas, oraciones, intercesiones, acciones de gracias por todos los hombres. Esto es agradable a los ojos de nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres sean salvos» (2^a Timoteo, 1 4).

El pre-misionero, implantado en un pueblo, en una raza, en una cultura, se da a Cristo para que en él y por él acabe sus sufrimientos, multiplique las súplicas, las oraciones, las intercesiones, a fin de que sean salvados aquellos a quienes ha adoptado y que se han hecho suyos.

Digámoslo: según la palabra de fuego de la epístola a los Hebreos, el pre-misionero se da a Cristo Redentor, que aún no puede ser Apóstol, para que pueda ser el «Pontífice de nuestra fe».

VIII. *En la Iglesia y por la Iglesia*

¿Hemos llegado al fondo en esta exploración de la vocación foucauldiana? Nada se ha dicho, porque lo que queda por decir es lo esencial, y lo esencial lo es todo.

Es el haz de luz proyectado sobre la cosa más grande, que en esa luz aparecerá tal cual es. Digámoslo claramente: para el Padre de Foucauld, esta acción mística misionera no alcanza todo su sentido, toda su densidad, toda su fuerza, sino

⁵ El Padre de Foucauld tiene un sentimiento muy agudo de este acrecentamiento intensivo del Cuerpo místico.

arraigada en el misterio de la Iglesia y en el misterio de la Eucaristía, bañándose en la infinita ternura que se expresa por el Sagrado Corazón y emana de Él.

El Padre de Foucauld no se siente existir sino en la Iglesia. Habría que llamarlo «El que tanto amó a la Iglesia». La ha amado con la ternura de un hijo a su madre. ¡De qué manera, como san Agustín, habla del «seno maternal de la Iglesia» y cómo se ciñe a ella!

«La Iglesia, lugar, medio y fin de la acción premisionera», podría decirse a propósito de él... La Iglesia tal cual es: la Iglesia total... la Iglesia institucional, el Papa, los obispos, los sacerdotes, la Iglesia que enseña, la Iglesia que da los Sacramentos, la Iglesia que gobierna... La Iglesia del amor, ese gran ser que ora y se inmola, ese centro de irradiación sobre el mundo... la una en la otra, la una por la otra, una sola Iglesia... digamos simplemente: la Iglesia.

Extendamos aún más las perspectivas. Cogido sólidamente con ambas manos y con toda su inteligencia y todo su corazón a la roca de esta Iglesia de los contornos más firmes y precisos, de ella toma impulso su mirada en busca de horizontes inmensos sobre las dimensiones invisibles de la Iglesia.

Partiendo de las dimensiones visibles del misterio Redentor, el hermano universal, el salvador universal, que no sabía más que clamar la oración: «Dios mío, haced que todos los hombres vayan al cielo», aquel insatisfecho de conquista ha alcanzado el sentido de las dimensiones invisibles de la Iglesia, a medida de las del misterio Redentor; ha sabido expresárselas y las ha vivido. Comprendiéndolo así, ¿nos resistiríamos acaso a darle el hermoso nombre de «Sacerdote del dominio invisible de la Iglesia»?

Con «La Iglesia hecha», en y por ella, saberse, quererse constructor de la «Iglesia que se está haciendo».

Cosa rara: nadie ha tenido más que él el sentimiento simultáneo del misterio de la Iglesia y del misterio de la Gracia... Presencia de Cristo en el alma individual, presencia de Cristo en el conjunto, que es el Cuerpo místico. Visión misionera, en verdad: porque el Padre de Foucauld es un pionero; va delante. Pero sabe que no está solo, que no puede

estarlo. En él, que la contiene toda, que la lleva toda, en él y por él, toda la Iglesia está presente: la Iglesia que muestra a Cristo, que ora, que se inmola, que trabaja.

El pre-misionero sabe que ya no es él solo, que él es toda la Iglesia en la que, por él y en él, se manifiesta Cristo, llena y cumple su misión invisible... En la que, por él y en él, Cristo acaba lo que falta a sus sufrimientos y suplica. Ya no es el individuo el pionero: es toda la Iglesia.

IX. *El espíritu y la esposa*

Pero la Iglesia es la esposa. No engendra sino por el Espíritu. El Padre de Foucauld se embriaga diciéndolo y viviéndolo literalmente. Los «Hechos de los Apóstoles» que son a la vez epopeya del Espíritu Santo e historia de la naciente Iglesia, claman por todos los medios posibles que la Iglesia se extiende por el Espíritu.

Es muy hermoso e impresionante que el Padre de Foucauld tenga en tal grado presente en el pensamiento y en el corazón de esta acción del Espíritu. Es una de sus grandezas misioneras, y no la menor. Tiendan a él el oído los apóstoles de hoy, acechados en cada encrucijada de su camino por la «herejía de la acción». No es herético buscar y expresar las condiciones humanas de su eficacia, sino olvidar la única intervención decisiva de la colaboración divina. Sólo Dios puede introducir a Dios en un alma.

El pre-misionero, recitando, como se lo pide el Padre de Foucauld, el *Veni Creator* tres veces al día o cantándolo con todo el ardor y toda la esperanza de un alma conquistadora que cree tener ya su victoria en la mano, el pre-misionero mantiene en sí la reflexión de movilizar al Espíritu para el nacimiento y difusión de la Iglesia, y consigue confianza y audacia, sabiendo que no es él, pobre ser humano, quien trabaja, sino el Espíritu que, en él y por él, trabaja invisible y seguramente.

X. *La eucaristía y el Sagrado Corazón*

Para el Padre de Foucauld -y aquí está una de sus más grandiosas visiones del cristianismo, las más unitarias y las más comprensivas- los dos polos que limitan el eje del cristianismo son «Dios presente entre los hombres» y «Dios amante»: he aquí una de sus magníficas frases de las que ni él ni nosotros nos cansamos: «Dios presente... Dios amante». Las dos grandes palpitaciones en las que se ritma su vida y debe ritmarse la vida del pre-misionero. Vayamos hasta las últimas consecuencias de estas perspectivas foucauldianas. Para el Padre de Foucauld, «Dios presente» está simbolizado y como «materializado en la Eucaristía»; y «Dios amante» está simbolizado y como «materializado en el Sagrado Corazón».

No temamos repetirnos; la Eucaristía y el Sagrado Corazón: las dos grandes palpitaciones de la vida del alma del pre-misionero.

1º Por la Eucaristía.

El pre-misionero pone la Eucaristía en la cima de su vocación: es ésta quien asume en sí todas las cosas. Hay una manera sentimental y pintoresca de hacer de él la persona que va a llevar la presencia eucarística a los pueblos. Pero también aquí el Padre de Foucauld representa, más allá del sentimiento, una gran riqueza doctrinal... Más allá de su particular espiritualidad, es el cristianismo de todos.

El pre-misionero vive, sin duda, el misterio eucarístico como presencia de Cristo llevada por él a los pueblos que, sin él, no gozarían de ese beneficio. De ahí que su alegría y su orgullo sean grandes. Vive esta Presencia eucarística -visión muy profunda- como primera y realísima implantación de la Iglesia. Según la expresión del Padre de Foucauld, por esta presencia eucarística, Jesús «toma posesión de una porción de su Reino».

Pero el pre-misionero vive el Misterio eucarístico como sacrificio de Cristo hecho presente y perpetuado en medio de pueblos que hay que salvar... su propio sacrificio,

que es también el de la Iglesia, en el que se contienen todas las actividades redentoras invisibles de la Iglesia, de las que se encarga el pre-misionero.

Sacrificio en el que Cristo, por el pre-misionero y en él, pide al Padre que le dé las almas de esos pueblos... en las que, por él y en él, completa lo que falta a sus sufrimientos, para que esos pueblos, al fin, lleguen a ser suyos.

Sacrificio en el que, por el pre-misionero que lleva toda la Iglesia en sí, Dios recibe de Cristo el homenaje de adoración que tiene derecho. «Nada glorifica tanto a Dios en la tierra como la presencia y la ofrenda de la Sagrada Eucaristía», ha escrito el Padre de Foucauld en la Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón. Quiere ser sacerdote «para glorificar a Dios, ofreciéndole el Santo Sacrificio que lo glorifica más que cualquier obra humana» (al abate Huvelin, 3 de marzo de 1898). ¡El sentido de la adoración, en el Padre de Foucauld! En algunos de sus retiros, se reservaba instantes de «pura adoración», como él los llamaba.

Por la Eucaristía se le dice todo al pre-misionero acerca de su vocación; se le da todo lo referente a esa vocación; todo se le da a la Iglesia: lo que ella puede esperar de parte de aquel a quien ha enviado a sus confines para ganar almas a Cristo.

2º En la irradiación del Sagrado Corazón.

Empapándolo todo en la infinita ternura que se expresa por el Sagrado Corazón y que de él emana, volvamos a hablar, sin temor a repetirnos, de la acción de presencia del pre-misionero.

Hay un culto foucauldiano del Sagrado Corazón, como hay un culto foucauldiano del Nombre de Jesús. Para uno y otro, el aspecto esencial y como distinto, que debería poner en relieve un estudio especial, sería el significado y la densidad apostólica de que están cargados y hacia los que llevan sin cesar el pensamiento y el corazón.

Es sorprendente y conmovedor oír al Padre de Foucauld hablar siempre del «Sagrado Corazón de Jesús radiante»; es una asociación de ideas y de palabras que vuelve una y otra vez como un proverbio; literalmente, es una

expresión consagrada. Tenemos a la vista numerosos pasajes en los que nos es posible hallarla. Sobre las imágenes que el Padre dibuja, en torno al Sagrado Corazón: son como rayos de los que podríamos preguntarnos si los ha concebido como partiendo de él o volviendo a él. En una carta a Mme. de Bondy, de la que espera un ornamento sagrado, quiere que en éste haya una imagen del Sagrado Corazón rodeada de rayos; concreta: «con muchos rayos»⁶. De qué manera explica por qué ha querido llamar a los religiosos que piensa fundar «Pequeños Hermanos del Sagrado Corazón...». «Las Fraternidades dedicadas al Sagrado Corazón de Jesús deben, como él, irradiar sobre la tierra y llevar a ésta el fuego» (Cap. I de su Regla). En la Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón, había escrito: «La caridad debe irradiar de las Fraternidades como irradia del Sagrado Corazón de Jesús».

El Sagrado Corazón radiante, es decir, Dios amante, pero a quién; no puede amarse sin amar a los hombres como Él y en Él. Todo el cristianismo en la Eucaristía y en el Sagrado Corazón... Dios presente... Dios amante. La Encarnación, una presencia y un amor... presencia, porque es amor... porque fue amor dado y por haber sido amor dado y recibido; ofrecerse es entregarse al vértigo de estos horizontes: tal es el cristianismo del Padre de Foucauld.

El pre-misionero sabe que lleva este mensaje a los pueblos. En él, todo debe vibrarlo e irradiarlo; su vida espiritual, su oración, su inmolación, su actividad de cada día, su persona, su casa: todo debe gritarlo, lanzarlo, detallarlo; todo debe encerrar las almas y los cuerpos en esa irradiación, penetrarlos, impregnarlos. Nos atrevemos a decir que la razón de ser del pre-misionero es ser testigo de este mensaje... Dondequiera, a todos los hombres, a todas las razas, a todas las culturas, a todos los pueblos, clamar la palabra de fuego de san Juan: «Hemos creído en el Amor» que Jesús profesa a los hombres y que, en Jesús, debemos profesar a los hombres.

⁶ GORRÉE, o.c., 126.)

XI. Como en Nazaret

El Padre de Foucauld ha pensado, expresado y vivido su problemática pre-misionera a partir del significado y de la interpretación misionera de la vida oculta de Cristo y en relación con los puntos de vista de los Padres de la Iglesia sobre las edades de Cristo.

Pero nada sabríamos de él si no añadiéramos que nadie ha querido más que él, nadie ha sabido como él devolver la realidad histórica de la vida de Jesús y de la Sagrada Familia en Nazaret. Tiene su manera tan metódica y tan tierna... ¡Lo metódico y lo tierno que fue el Padre de Foucauld! Pero pocas almas han llegado a una realización tan intensa de Cristo Jesús, de su persona y de su vida. ¿Acaso se sabe que escribió un «Ensayo para acompañar a Nuestro Señor Jesucristo», en el que sigue, hora a hora, la vida del Señor y que, en otras meditaciones, lo sorprendemos contando las horas que separan a Jesús de su Pasión? (Cf. *Obras espirituales, Antología*).

Sus Fraternidades son Casas de Nazaret; y de la suya hace el lugar en el que encuentra «a nuestro tierno Salvador Jesús, nuestro buen Maestro, nuestro dulcísimo Hermano, nuestro bien amado Jesús».

Literalmente, aquel solitario tuvo una verdadera vida de familia... y su familia la formaron Jesús, María, José. Su vida espiritual ha sido esa vida de familia... Sus encuentros eucarísticos son las largas intimidades de esa vida de familia.

Para el pre-misionero, en los confines del imperio místico, único en conocer y amar a Cristo, ¡qué vivo y real se hace ese Cristo! Literalmente, lo toca. Puede decirse que le habla; que lo oye hablar... Su corazón le salta en el pecho y estalla al no sentirse lo bastante vasto para, habiéndole dado su amor personal, no poder darle al amor de todo un pueblo, de toda una raza a los que ha hecho suyos y que no lo conocen... que no conocen a su Hermano mayor, al hermano de todos los hombres, Cristo.

Al regreso de las largas etapas, tan abrumadoras y tan suaves, entre la muchedumbre de sus pobres, de sus enfermos, de sus desdichados de todas clases, en cada uno de los cuales ha tenido la sensación de ver a Cristo que tenía frío, que llegaba a él para que lo vistiera; de Cristo que padecía hambre, llegado a él para alimentarse; de Cristo enfermo, venido para hacerse cuidar; de Cristo oprimido, venido a él para que le haga justicia; de Cristo desdichado, venido a él en busca de consuelo y alivio... después de haber tocado como físicamente, pero con respeto y amor, el sufrimiento de Cristo en todas esas carnes doloridas... nada más entrar en su pobre capillita de los confines, hallarse allí cara a cara con la Hostia, qué calor de intimidad subía por él, le aflúa al corazón: un calor en el que siente que el alma se funde en un amor a Cristo cada vez más total y más vivo, por ese Cristo a quien ha dado su vida y junto a quien experimenta cada día sin acabar nunca de descubrir del todo que eso es «haber escogido la mejor parte».

XII. Convertido en la primera cristiandad étnica

Así, pues, por todo eso, el misionero ya no es «el que siembra y no recoge». Lo es y no lo es. Cristo no lo ve llegar con gavillas de almas recogidas por él y ofrecidas a él. El pre-misionero ha tenido un hermoso sueño: él solo quiere ser una gavilla de almas. Quiere estar sólo allí donde la Iglesia lo ha enviado: la primera cristiandad étnica de esa raza, de ese pueblo; sabe que lo es; vive su cristianismo como si lo fuera.

Ha retenido las palabras de la Iglesia: «Cristianizar, no occidentalizar». Más que una simple consigna, tal vez llamamiento angustiado, presentimiento de posibles desgarrones de almas en la Iglesia misionera.

LA ORACIÓN EUCARÍSTICA Y ACCIÓN MISIONERA

Vivir el misterio eucarístico para extender el cristianismo, para difundir la Iglesia, he aquí la inspiración fundamental del Padre de Foucauld (...)

Escuchemos cómo nos habla el Padre de Foucauld. Algunos textos esenciales, a partir de los cuales y durante muchos años no hará más que repetir las mismas cosas y en los mismos términos.

En 1906, después de varios vagabundeos y no pocas tomas de contacto, define así su vocación: «Mi obra, desgraciadamente, no es aquí más que una obra de preparación, de primer desbroce. Ante todo, consiste en poner en medio de ellos a Jesús en el Santísimo Sacramento, Jesús que desciende cada día en el Santo Sacrificio; es poner también la oración de la Iglesia, por miserable que sea quien la ofrece» (Carta al abad Caron, 8 de abril). Traduzcamos: vocación de pre-misión por la Eucaristía. Y observemos desde ahora que el Padre de Foucauld dice indiferentemente «oración de Cristo», «oración de la Iglesia». Y que las dos son frecuentemente asumidas en la Eucaristía.

He aquí ahora dos textos en los que se condensa la mística de su problemática misionera: «Llevando al seno de las naciones infieles su altar y su tabernáculo, ellos (los *Petits Frères*) santifican silenciosamente a estos pueblos, como Jesús en Nazaret santificó en silencio al mundo durante treinta años» (*Règlement*, preámbulo).

«Por esta presencia de Nuestro Señor siempre expuesto en la Santa Hostia, los pueblos de los alrededores son maravillosamente santificados: así fue santificada la casa de san Juan por Nuestro Señor cuando aún estaba en el seno de la Virgen» (*Règlement*, cap. II, «adoración»).

Estos textos son de 1899. Las palabras de que se sirve el Padre seguirán siendo las mismas hasta el fin, pero a medida que evolucionan su pensamiento y su vida, las cosas

que expresan van cargándose de densidad y de perspectivas nuevas.

Puede decirse que la opción foucauldiana, «ser salvador con Jesús», fue total ya desde el principio. Cuando progresivamente sale del claustro y se lanza hacia los grandes espacios misioneros, no hace más que explicitar lo que ya llevaba dentro desde el punto de partida.

Colocados en el contexto vivo de la evolución posterior del Padre y provistos de nuevas significaciones que van recibiendo poco a poco, esos textos lo dicen todo. En ellos y por ellos, se da el «medio» de ser misionero.

La Eucaristía y Nazaret, el misterio de la vida oculta de Jesús... La Eucaristía y el misterio de la Visitación, uno en la otra, uno por la otra... aproximaciones en las palabras, que las hacen sinónimas, pero sobre todo arraigos doctrinales en los que, más allá de una visión demasiado externa y superficial de esos misterios y una manera demasiado simplista de vivirlos, nos entrega su alma profunda y revela su fuerza redentora.

Un poderoso zócalo sobre el que todo descansa: «santificar a los infieles por esta divina presencia» (*passim*): de este zócalo emergen como ardientes pilones de los que escapa e irradia el fuego interior que lleva en sus flancos.

Un brotar de chispas: «La Santa Hostia y su irradiación de gracias para el mundo y de gloria para Dios», dice en algún lugar (carta a Mme. de Bondy, mayo de 1902). «La adoración de la divina Hostia lo prepara todo» (Proyecto de misión, *Escritos espirituales*, pág. 247). «El gran número de misas y de tabernáculos comenzarán la obra de la conversión» (*íbid.*). «Las ofrendas de la divina Hostia conciliarán los corazones y abrirán los caminos de la predicación oral» (*íbid.*). «Abrir a los pies de la Sagrada Hostia y en nombre del Sagrado Corazón de Jesús el primer surco sobre el que trabajarán en seguida los primeros misioneros predicadores» (*íbid.*).

En el pensamiento del Padre de Foucauld, la peor desgracia para un pueblo que no es cristiano es no tener la Eucaristía. «Qué noche intensa y qué velo de luto», para un

pueblo y un país, «el estar sin sacerdote y sin tabernáculo», vivir sin la oración eucarística, «sin una misa, sin que un corazón ore a Jesús» (Carta a De Castries, 16 de diciembre de 1902).

Y ahora los dos prodigiosos golpes de alas que nos arrebatan y nos sitúan en las alturas en las que la Eucaristía, más allá de las pequeñas utilizaciones personales, sentimentales o de otra índole, a las que nos limitamos, da al misterio redentor todas sus dimensiones y lo introduce en el corazón de la historia, para deducir su sentido total: «Tomar posesión, en nombre de Jesús, de esta parte de su Reino, llevándolo en la Sagrada Hostia a los pueblos infieles» (Carta a De Castries, 15 de diciembre de 1904).

En fin, el hallazgo supremo, tras el cual ya no hay nada que encontrar: «Adorar la Sagrada Hostia debería ser el fondo de toda vida humana» (Carta a S. Perret, 25 de diciembre de 1904).

La razón de ser del cristiano es dar la Eucaristía al mundo, asignar este don de la Eucaristía y su posesión por el hombre como dirección y objeto a la marcha de la historia. (...) la mayor desgracia que puede tocar a un pueblo es no tener Eucaristía.

Este es el pensamiento de la Iglesia, en la oración Secreta de la Misa por la Propagación de la Fe: la Encarnación ha ocurrido *ut sacrificatur et offeratur oblatio munda*: «a fin de que se sacrifique y se ofrezca una oblación pura». Otra manera de decir que la Encarnación redentora ha tenido lugar y se continúa para que Dios sea adorado y glorificado en la oración eucarística de Cristo... La oración eucarística, salvación de los hombres, adoración y glorificación de Dios: el Padre de Foucauld no nos ha dicho otra cosa. Y al decírnosla, ¿no nos lo ha dicho todo? Se ha convertido en magnífico altruismo en el Padre de Foucauld la idea de que para cada uno de nosotros el cristianismo es una vocación de salvadores. ¿Acaso no ha dicho que somos miembros de Cristo y salvadores con Él? (*Règlement, XXX*).

Pero tenemos que pensar y vivir esa vocación de salvadores precisamente en la Eucaristía. «Es la evangelización,

no por la palabra, sino por la presencia del Santísimo Sacramento, por la ofrenda del divino Sacrificio, la oración, la penitencia, la práctica de las virtudes evangélicas, la caridad» (Carta a De Castries, 23 de junio de 1901). Y añade en otro lugar: «el buen ejemplo». Ahí están los que él llama en diversas ocasiones «los siete grandes medios que Jesús nos da para convertir y salvar a los infieles» (Retiro anual de 1902, Béni -Abbes; *Escritos espirituales*, pág. 208). Medios «para predicar en silencio», para «santificar invisiblemente».

Habría que mostrar cómo los reúne y nos los hace asumir en la oración eucarística, de la que son como componentes e irradiaciones, íbamos a decir: su respiración.

En un texto curioso, las idas y venidas del apóstol para crear lazos de amistad, se trata de la caridad, de la bondad, y alterna estas palabras, quedan asimilados a la presencia eucarística de Cristo, en la que se pone al alcance y a disposición de todos (Directorio, cap. XXVIII).

Así, pues, el hecho está ahí: la problemática premisional del Padre de Foucauld es, en último recurso, pensamientos afirmados y vividos, el significado, el valor y la densidad redentora de la oración eucarística, habría que decir: su radioactividad redentora. El todo consiste en establecer contacto y sintonizar con la longitud de onda requerida.

¿Cómo la Eucaristía es un «medio de convertir y salvar a los pueblos», de «santificarlos invisiblemente»? Y eso con «eficacia» (*Règlement*, III), «maravillosamente» (*passim, pluries*). Ante pueblos o ambientes en los que el apostolado directo no conduciría a nada -o, por el contrario, los alejaría aún más de Cristo, - ¿cómo la Eucaristía resulta ser el único medio de hacerles el bien, de «hacerles el mayor bien posible actualmente»? (Carta a Mme. de Bondy, 9 septiembre 1901).

Meditación del P. Peryguère con motivo de la visita (noviembre de 1955, en Beni Abbes) de representantes de la Familia Carlos de Foucauld. El artículo apareció, con su firma, en el boletín *Jesus Caritas* 103 (1956) 36-48. Extractó: Dirección Boletín.

TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones de correo: (redaccion@carlosdefoucauld.es) o (maikaps73@gmail.com).

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

AÑO 2021 ENERO - MARZO n. 209

RECLUIDOS EN CASA PARA ORAR
Retiro Fraternidad sacerdotal, agosto 2020
«El susurro de una brisa suave» [1 Re 19, 12]

AÑO 2021 ABRIL- JUNIO n. 210

Por concretar en la próxima reunión de nuestro Consejo de Redacción el próximo enero 2021

NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en la digital que los interesados pueden consultar a unos meses de la edición papel. A éstos también hacemos una llamada a la colaboración económica. La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma.

UN LIBRO ... UN AMIGO

ALBERT PERYGUÈRE, *Dejad que Cristo os guíe* (Madrid 2017). Muy conveniente leer con detenimiento los preliminares que sirven las claves para entender y saborear este libro “clásico de dirección espiritual en el que acento no está en lo que hagamos o erremos, sino más bien en dejar de mirarnos a nosotros mismos para fijar la mirada solamente en Cristo”. Es reedición de la edición ALBERT PERYGUÈRE, *Dejad que Cristo os conduzca* (Barcelona 1968, 3ª ed.)

ALBERT PERYGUÈRE, *El Tiempo de Nazaret. Mística de una vocación* (Barcelona 1967). Es una miscelánea de artículos que le han servido al autor para dictar conferencias y meditaciones agrupadas bajo los epígrafes: La mística de una vocación. Investigación sobre el verdadero pensamiento del P. de Foucauld (1933); el P. de Foucauld ante el misterio cristiano (1958), La opción misionera (1942); Significado y densidad misionera de la oración eucarística en el P. de Foucauld (1956); Misioneros con el P. de Foucauld. Testamento espiritual (1959); Vigilia de oración (1958).

MARCEL CORNELIS, *Salidos del guetto. Espiritualidad de la pre-misión a la luz de Teilhard, Foucauld y Peryguère* (Barcelona 1965). Nueva contribución a la teología de la misión desde la perspectiva del eremita del Atlas Medio. Muy interesante en cuanto el P. Cornelis conoció en vida al P. Peryguère.

FAMILIAS CARLOS DE FOUCAULD, “Albert Peryguère. Conducido por el Espíritu” *Boletín Iesus Caritas* Época V, 22 (1980). Número preparado por la Comunitat de Jesús en el que encontramos la biografía detallada del personaje, su perfil humano, su obra científica, su espiritualidad e inspiración en Carlos de Foucauld y su compromiso y espiritualidad. Muy aconsejable su lectura como complemento de este número del Boletín.

En la página web *Familia Carlos de Foucauld* en España se puede encontrar con facilidad algunos artículos que complementan el acercamiento al personaje y a su espiritualidad. Cf. también, MICHEL LAFON, *El Pare Peyriguère* (Barcelona 1974); A. PERYGUÈRE, *Los caminos de Dios* (Barcelona 1968) y G. GORREE Y G. CHAUVEL, *Foucauld y Peyriguère. Misioneros que no colonizaron* (Madrid 1968)

MARÍA DEL CARMEN PICÓN

FRATERNIDADES DEL HERMANO CARLOS DE JESÚS
EN ESPAÑA

Redacción Boletín Iesus caritas

c.e: redaccion@carlosdefoucauld.es

Administración Boletín Iesus caritas

c.e: administracion@carlosdefoucauld.es

Asociación C. Familia de Foucauld en España

c.e: asociacion@carlosdefoucauld.es

Comisión de difusión

c.e: difusion@carlosdefoucauld.es

Fraternidad Secular “Carlos de Foucauld”

c.e: fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es

Fraternidad Carlos de Foucauld

c.e: fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es

Fraternidad Iesus caritas (Instituto Secular Femenino)

c.e: fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es

Fraternidad sacerdotal “Iesus caritas”

c.e: fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es

Comunitat de Jesús (Asociación privada de fieles)

c.e: comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es

Hermanos de Jesús

c.e: hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es

Hermanitas de Jesús

c.e: hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es

Hermanitas del Sagrado Corazón

c.e: hermanitasdelsagradocorazon@carlosdefoucauld.es

Hermanos del Evangelio

c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

Unión-sodalicio Carlos de Foucauld

c.e: union@carlosdefoucauld.es.

Hermanitas de Nazaret

c.e: hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es

Comunidad ecuménica Horeb Carlos de Foucauld

c.e: foucauld.horeb@gmail.com

SUMARIO

EDITORIAL

- El P. Peryguère: místico y hombre de acción
M. Pozo Oller 5

DESDE LA PALABRA

- La mística de una vocación. Michael Lafon 9

EN LAS HUELLAS DEL HERMANO CARLOS

- Albert Peryguère: realizador del proyecto de
Carlos de Foucauld. José L. Vázquez Borau 19

TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS

- Misioneros con el P. de Foucauld. Testamento
espiritual del P. Peryguère 41
- La oración eucarística y acción misionera 61

TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS 65

UN LIBRO...UN AMIGO..... 66

FAMILIAS CARLOS de foucauld